
El Regalo del Duque
Promesas Navideñas 1
ANNE LOVELACE

© ANNE LOVELACE

El regalo del duque

Sello: Independently published

Safe Creative: 2511253835458

Primera edición, diciembre de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

El regalo del Duque

Promesas Navideñas 1

Anne Lovelace

A quienes saben que el mejor regalo de Navidad nunca viene envuelto en papel, sino en forma de mirada, de sonrisa… o de beso robado bajo el muérdago.

Este libro es para vosotras.

Sinopsis

Londres, 1805.

Cuando un ramillete de muérdago cae en el momento más inoportuno, la ciudad entera decide que Edmund Hawthorne, **duque de Aylesford**, ha elegido esposa. Él detesta las obligaciones; ella, **lady Margaret Fairchild**, se niega a ser un peón de la sociedad. Los rumores, las caricaturas y las columnas maliciosas comienzan a apretar, pero algo los puede unir. Ambos coordinan donativos y villancicos para la parroquia de St. Martin.

Entre murmuraciones y chocolate caliente, nace una alianza inesperada. Una tregua pública, que esconde la franqueza privada. Un beso robado en un pasillo oscuro, una declaración que vale más que la tinta con la que se hubiese escrito, y un muérdago que deja de ser una trampa para convertirse en felicidad. Y cuando llegue la Navidad, un duque y una dama sabrán qué camino escoger.

Un romance navideño de época, tierno, elegante y con su final feliz.

¿Listos para colgar el muérdago?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Epílogo
No te pierdas la siguiente historia
Sobre la autora y la historia

Capítulo 1

Bajo las coronas de acebo

Londres, 1805.

El mercado de Covent Garden estaba adornado con coronas de acebo y cintas rojas que se movían al compás de un viento húmedo. Las losas conservaban charcos helados, y el vaho salía de las bocas como si los londinenses fuesen un coro de pequeñas calderas. Bajo una cubierta, una vendedora de especias removía una olla de vino caliente que perfumaba el aire con clavo y canela. Los faroles, aún pálidos por la tarde corta, iluminaban el latón en las hebillas de los caballeros.

Su Gracia, el sexto duque de Aylesford, caminaba con su abrigo oscuro abrochado hasta el cuello y las manos enguantadas sin sentir el frío invernal. Edmund Hawthorne se calentaba con su reputación, pues aunque era invisible, parecía que la llevase como otros portarían una espada: recta,

visible y dispuesta a atacar. Mientras avanzaba, el mayordomo de casa —que insistía en acompañarlo a supervisar la compra de ciertos obsequios para los criados— guardaba una prudente distancia.

El duque se detuvo ante un puesto de adornos. Una muchacha avispada había colgado ramilletes de muérdago de un cordel, cada uno rematado con una cinta verde. A Edmund le irritó advertir cuántas miradas femeninas se alzaban con fingida casualidad hacia las ramas blancas. Sentía como si cualquier mujer fuese a abalanzarse sobre él para besarlo debido a la excusa de ese muérdago que enseñaba sus bolitas lechosas como si fuesen pequeñas promesas.

—Su Gracia —murmuró el mayordomo—, la señora Ridley mencionó que faltaban coronas para la galería superior. Quizá…

—Es cierto. Serán dos coronas de acebo, sobrias —dijo Edmund—. Sin nada de exceso.

—Si teme el exceso, no mire el muérdago —dijo alguien a su derecha—. Es traicionero; cuando uno se descuida, ya está obligado a algo que no pensaba conceder. —La voz de una dama, musical como el tintineo de una cucharilla sobre porcelana, acababa de interrumpir sus pensamientos.

Edmund se volvió. La dama iba sin ridículo, con una capa de paseo de color azul oscuro ribeteada de piel clara. Levantaba el mentón con una soltura que dejaba claro que era una aristócrata y

que su lugar no estaba bajo ninguna suela. Sus ojos grises lo miraban sin coquetería, pero él no se fiaba del todo. Era un buen partido y las mujeres eran peligrosas cuando se proponían *cazar* un esposo.

—Milady —la saludó con una breve inclinación de cabeza—, me guardo de todo aquello que imponga obligaciones a las que no les he dado la bienvenida.

—Entonces, Londres le parecerá un prado lleno de hoyos, Su Gracia —repuso ella, con un destello de ironía—. Soy lady Margaret Fairchild, ¿me recuerda? —Tenía la sospecha de que no era así.

El nombre le era familiar por crónicas sociales que no le interesaba confesar que leía. Sí. Ya le llegó a la mente quién era la dama. Hija de los condes de Working, ingeniosa, terca, con un hermano menor dado a los entusiasmos. Edmund había compartido veladas en las que ella conversaba con damas maduras de política parroquial con claridad poco habitual. Ese rasgo le parecía… inconveniente.

—Aylesford —dijo él—. Puede referirse a mí por mi título si le parece adecuado. Y desde luego que la recuerdo. Le aconsejo evitar los puestos de peladillas; las de limón son una verdadera trampa. Se pegan a los dientes y convierten a cualquiera en un mal conversador.

—Dulces pensados para arruinar una conversación… —Chasqueó la lengua—. Los confiteros no saben que algunos conversadores no necesitan ayuda extra —explicó, con los labios algo

curvados—. No obstante, temo más los silencios que provocan los caballeros cuando juzgan.

La vendedora de muérdago tosió para no reírse. Edmund se tragó una réplica más mordaz, porque le daba en la nariz que ella lo estaba acusando de algo. ¿De haberla juzgado alguna vez? No lo creía. ¿O solo era una conversación intrascendente?

Las navidades exigían urbanidad, y en presencia de un tenderete sencillo se debía el mismo respeto que uno mostraba en un salón revestido de madera y con lámparas de araña.

—¿Busca obsequios, milady? —preguntó, con corrección.

—Busco posibilidades —respondió ella, al tiempo que miraba una pequeña corona trenzada—. Este año la casa necesita luz. Mi madre insiste en organizar una velada con villancicos para recaudar fondos para la parroquia de St. Martin. Si hemos de invitar a medio Mayfair, al menos que huelan la canela y vean cosas bonitas mientras hacen sus donativos.

Había orgullo en su voz; también cansancio. Edmund recordó de golpe el peso de su propio título. Un duque no improvisaba: cumplía, sostenía y vigilaba todo su patrimonio.

En esos instantes, el viento se levantó con cierta fuerza y arrancó un sonido claro de los alambres donde colgaba el muérdago. Una rama se

soltó y descendió, caprichosa, hacia la esquina donde ambos estaban.

La vendedora alzó una mano, tarde. La rama se quedó colgando a una altura exacta sobre el pequeño espacio de sombra que compartían, como si la ciudad misma, traviesa, hubiese orquestado la escena. Ahí no acabó la cosa. Margaret se había movido para poder agarrar también la rama, así que al hacer un gesto brusco había perdido el equilibrio, por lo que el duque tuvo que intervenir y ayudarla a enderezarse. Las manos de él estaban posadas en la cintura femenina.

Un par de chicas se miraron y cuchichearon.

Lady Margaret soltó una risa que pretendió ser tranquilizadora. No debería haber sentido toda la gran presencia de él. Pero vaya que sí. Había percibido todo su atractivo y un aroma a bergamota y cítrico. Desde su cabello oscuro como el propio carbón, hasta sus ojos azules cristalinos. Más azules que los de ella misma. Una mujer de veinticuatro años no tendría que sentir que sus rodillas temblaban porque un duque fuerte y poderoso la estabilizase. Más, si no había nada de romántico en la acción, solo cortesía y educación.

Se salvó de sentirse tentada a besar esa perfecta boca por la severidad que emanaba. Se recompuso de lo inesperado del pequeño incidente.

—He aquí la traición —habló la dama—. No se inquiete, Su Gracia; no pretendo hacerla

cumplir. —Se refería a la costumbre de besarse cuando había muérdago sobre la cabeza de una pareja.

—No me inquieto —mintió Edmund, que sí percibía en la escena un foco peligroso—. Prefiero que las reglas se acuerden, no que caigan del cielo.

—En eso coincidimos.

El duque la soltó entonces y se apartó un paso. Lo necesario para quedar fuera de la línea del muérdago con elegancia deliberada. La vendedora, con aire de picardía inocente, recogió la rama y la aseguró con más firmeza.

—Si organiza una velada, milady —dijo Edmund, porque la cortesía exigía algún tipo de puente—, Aylesford House —era su hogar— acostumbra a enviar mantas y carbón a las familias de la zona de Covent Garden por estas fechas. Podría… coordinarse una entrega pública el mismo día. Así no habrá duplicidades.

Los ojos grises de ella cambiaron, un matiz apenas. Quien se sentía desafiado, se erizaba; quien se sentía visto, bajaba la guardia. Lady Margaret no hizo ni lo uno ni lo otro; meditó sobre los beneficios de su oferta. Así que él quería que fuese algo público. Por supuesto. Un duque tenía la obligación de pregonar todo lo que hacía o decía. No se quedó callada.

—Me serviría —admitió con humildad—. Siempre que el reparto sea el protagonista, y Su

Gracia… observe sin pretender aplausos —lo regañó con suavidad.

Él se cuadró. Era la primera vez que alguien le daba un tirón de orejas… porque eso era lo que ella acababa de hacer, ¿cierto?

—Me doy por instruido —expuso magnánimo.

La dama pagó su corona y, al inclinarse para recogerla, un mechón se le escapó del peinado. Edmund levantó la mano para colocarlo en su lugar, pero se detuvo justo a tiempo. No lo tocó. Lo dejó estar, pese a que alguien tan ordenado y correcto como él veía un hilo humano restando solemnidad al conjunto. No le gustaba que nada escapase de lo impecable. Edmund descubrió que aquel detalle le molestaba menos de lo que debería. ¿Por qué?

—Que tenga un buen día, Su Gracia —se despidió. Luego, con cordialidad auténtica, añadió—: Y gracias por sus donativos.

—A su servicio, milady.

Cuando el carruaje de la familia Fairchild se la llevó, Edmund se descubrió observando el rastro de vaho que había quedado en el aire, como si la conversación hubiese producido un calor secreto. Le había gustado más de la cuenta haberla sostenido brevemente en sus brazos. Lo achacó al largo tiempo que llevaba sin haber intimado con una mujer. Además, la hija de Working no era especialmente bonita. Tenía el cabello castaño y sus ojos eran

claros, pero nada más reseñable. ¡De acuerdo! Su cuerpo lo había tentado. Y esa forma que tuvo de reírse cuando la situación se tornó conflictiva también debería ser un punto a su favor.

El mayordomo carraspeó con discreción profesional.

—Las peladillas de limón —añadió Edmund, porque era momento de regresar al presente— mejor que no falten. A la gente le gusta creer que domina lo que no domina.

Mientras el cochero de Aylesford House recogía las coronas y el muérdago —dos ramilletes, por insistencia de la vendedora—, una nota interior, tenue como el violín que sonaba al fondo del mercado, acompañaba al duque de regreso a su carruaje. No era música, exactamente; era la conciencia de que, al mover una pieza tan pequeña como un obsequio, quizá había tocado otra en el tablero de una dama que no toleraba imposiciones. Y, sin embargo, había aceptado una cooperación.

Aquella tarde, en Grosvenor Square, los criados colgaron el muérdago en el umbral que conducía a la sala de música. Edmund ordenó que se situase discreto, sin alardes. El mayordomo obedeció. Más tarde, cuando el duque cruzó el umbral para revisar las partituras de la velada de beneficencia que su hermana, lady Helen, pretendía organizar en enero, rozó la sombra del muérdago sin mirarla. Un duque no debía caer en trampas. Un duque las neutralizaba.

***

Lady Margaret, en la casa familiar de los condes de Working, dejaba la corona de acebo sobre una mesa laqueada y se soplaba el mechón rebelde que le caía desde la frente. Tendría que ir a la cocina para supervisar cómo seguían los preparativos. Antes de salir para ir a Covent Garden, había estado ayudando a las cocineras a preparar el plum pudding *de beneficencia*, tal y como lo llamaba su madre, que consistía en hacer dos: uno para la mesa y otro para subastar.

—Has vuelto tarde —dijo la condesa, quien estaba en el recibidor con un chal sobre los hombros—. ¿Demasiado gentío?

—El justo, madre. He conseguido buenas especias a un precio decente. Y… carbón.

—¿Carbón?

—De Aylesford House. El duque propone coordinarse con nuestra entrega. Menos duplicidades, dijo. Creo que adora el orden.

La condesa se detuvo. Sus cejas, tan elocuentes como un abanico, se alzaron un poco.

—¿Aylesford ha hablado contigo, Margaret?

—Conmigo, madre —aseguró, mientras trataba de ocultar una sonrisa—. Y ha sido correcto

hasta la impertinencia. —No comentaría que él la sujetó para evitar que trastabillase y se cayese al suelo. Fue un asunto sin importancia. Tampoco le confesaría a un alma viva que había tenido un deseo irrefrenable de besarlo bajo el muérdago.

—Los duques no pueden permitirse defectos.

—He visto alguno —dijo ella, mientras su mente evocaba el modo en el que él la había mirado mientras el muérdago les sobrevolaba—. Defectos humanos, no graves.

—Más te vale recordar que no debe ser tu prioridad ahora mismo —apuntó la condesa, con un deje de advertencia—. Lo importante es el servicio de villancicos. Que todo huela a canela y a caridad, que la parroquia recaude y que nadie tenga excusas para criticar… salvo por envidia. ¿Has invitado a lady Helen?

—Claro. Y no hay temor alguno sobre el duque, creo que ni me recordaba cuando nos cruzamos. Dudo que venga a la fiesta, seguro que no sabe que soy amiga de Helen.

—Bien. Bastará con que la hermana del duque nos respalde. Así la columna del Morning Chronicle escribirá las lisonjas que merecemos y otros se animarán a promover la caridad. Hay mucha necesidad, hija mía. Es nuestra obligación hacer algo para ayudar.

—Lo sé, madre. Me esforzaré para que todo el mundo quiera copiarnos.

Margaret se colocó un mechón tras la oreja. Sabía cómo se movía la sociedad. También sabía que Su Gracia había ofrecido algo concreto por obligación, y que más allá de eso no habría nada. Para Margaret, su gesto, aunque él no le hubiese dado la importancia que merecía, valía más que las flores de un salón.

Miró por la ventana. Fuera, empezó a caer una llovizna que, a la mañana siguiente, se convertiría en aguanieve. Y con el aguanieve, la ciudad, testaruda, mostraría su mejor imagen para disfrutar de una blanca Navidad.

Capítulo 2

Villancicos y rumores

El 18 de diciembre amaneció con un brillo de vidrio en los adoquines. El viento arrugaba las plumas de los sombreros y hacía chasquear las puertas. En Working House los criados iban y venían con bandejas, partituras, tazas de ponche y una disciplina que solo se alcanzaba cuando la condesa fijaba la mirada en la línea del horizonte y ordenaba que la casa fuese un reloj.

La velada comenzaría temprano para que los invitados pudieran oír a los niños del orfanato de St. Martin cantar villancicos y, después, pujar por las cestas de Navidad. Margaret supervisaba la disposición de los bancos en la sala de música. Había colgado una ristra de naranjas con clavos junto a los ventanales, y el aire, cálido por los braseros, endulzaba la garganta. Al fondo, sobre el marco de la puerta, el muérdago —uno solo, modesto— aguardaba su oportunidad.

—No me digas que has colgado muérdago —señaló lady Helen al entrar, con sonrisa divertida y un vestido gris perla que la hacía parecer una nota de plata en el conjunto—. Si mi hermano lo viese, enviaría a un criado con tijeras. No sé qué fijación tiene con el muérdago, cualquiera diría que es veneno.

—Su Gracia ya ha sido informado de que los símbolos son difíciles de desterrar en diciembre —respondió Margaret—. Bienvenida, Helen. Gracias por aceptar cantar el dueto con la señorita Davenant.

—Por la parroquia, lo que sea —dijo la joven, sincera—. Y por llevarle la contraria a Edmund de vez en cuando, también. Es demasiado estirado ese hombre que Dios me ha dado por hermano. Alguien debería recordarle que el mundo no se sostiene solo con listas y cuentas.

—Las listas y las cuentas hacen falta —dijo Margaret, aunque una chispa de acuerdo brilló en sus ojos—. El duque nos ha enviado carbón y mantas; luego organizaremos la entrega con el reverendo.

—¿Aylesford te ha enviado carbón y mantas? —inquirió sorprendida.

—Así es. Me topé con él en Covent Garden.

—No me ha comentado nada, Margaret.

—Será porque, aunque supo quién era yo, no sabe que somos amigas.

—Eso tiene sentido. Te vio y debió ponerle cara a tu padre, y se olvidó de que eres una buena amiga mía. ¿Por qué los caballeros no ven más allá del deber?

—No te quejes. Si tu hermano, como el mío, no fueran hombres de honor estaríamos perdidas. Es mejor que siempre tenga la cabeza donde debe, Helen. Hablando de obligaciones, he puesto a mi hermano a la cabeza del grupo de mozos para transportar las cestas.

—Henry se crece cuando cree que manda —comentó la hermana del duque—. Como los hombres de veinte años con abrigos nuevos.

La conversación quedó ahí. El salón comenzó a llenarse de gente amable. A eso de las seis llegaron los niños, inquietos y limpios, con los mofletes rojos y las manos enguantadas en lana. Abrieron la velada con la canción «God Rest Ye Merry, Gentlemen», y aunque la melodía fue sencilla, el público aplaudió con ganas.

El duque de Aylesford apareció sin demasiada ceremonia, con el abrigo salpicado de gotas finas de aguanieve. Margaret vio cómo evitaba, con naturalidad estudiada, el lugar bajo el muérdago. Lo hizo con la misma precisión con que un oficial trataría de no pisar un charco para no salpicarse el uniforme. El gesto le resultó gracioso. A continuación

procedió a saludar debidamente a quienes lo estaban recibiendo.

—Su Gracia —dijo la condesa de Working, con una inclinación de cabeza—. Su presencia honra esta modesta casa.

—Es usted generosa, condesa —respondió él—. De haber sabido que su hogar olería tan deliciosamente a canela habría venido horas antes. Es muy agradable —elogió. A continuación miró a su hermana e inclinó la cabeza, luego se centró en Margaret. Le sonrió justo antes de decirle —: Lady Margaret, está todo precioso y en orden. Felicidades.

—La decoración me compete, lo admito, pero el orden lo consiguieron los sirvientes tan eficientes de mi padre —clarificó ella—. ¿Tomará ponche, Su Gracia?

—Solo si me promete que no hay peladillas de limón escondidas —bromeó.

—Le prometo que no hay trampas que no pueda identificar a simple vista —le dijo y ambos sabían que estaban intercambiando una pequeña confidencia.

Lady Helen, que había observado el intercambio con regocijo, intervino con aire inocente.

—Edmund, estarás complacido de saber que Margaret no ha abusado del muérdago.

Los ojos de él se movieron de inmediato hasta la aludida. Se veía bonita esa noche. ¿O sería el reflejo de la luz el que le daba ese aire elegante y prudente?

—No sé de qué me hablas, hermana —resolvió él, sin perder el pulso de su ironía.

—Pues al menos espero que te complazca el hecho de que la señorita Davenant y yo cantaremos el dueto en do mayor.

—Adelante pues. Estarás soberbia, no lo dudo.

La música llenó la sala con ese modo particular en que las notas se enhebraban en el ambiente de roble hasta perfumarlo. Margaret, que había preparado el orden de las piezas, se permitió una pausa para disfrutar de la fiesta. Figuraba de pie bajo el marco de la puerta. Se dio cuenta de cómo los invitados olvidaban, por momentos, su inclinación al comentario cruel. ¿Por qué tenía que ser la ciudad a todas horas un hervidero de rumores? Fue cuando los niños cantaron «The First Nowell», el instante en el que su mirada se movió hacia Aylesford. Era apuesto; no cabía la menor duda, pero demasiado recto. Él estaba mirando —de verdad— a los pequeños. El rígido contorno de su boca había cedido un milímetro. Ella apartó la vista porque no quería dar pábulo a malinterpretaciones.

Entonces ocurrió un incidente insignificante del que se nutrían las columnas maliciosas.

Un caballero de cintura generosa y entusiasmo excesivo, al retirarse con su copa de ponche, tropezó con el borde de la alfombra y fue a dar contra el hombro de Margaret. Ella dio un paso atrás por puro reflejo, y sus talones la colocaron exactamente bajo el muérdago. Aylesford, que estaba más cerca de lo que parecía, se apresuró a colocarle las manos en la cintura para sostenerla. No hubo caída, ni torpeza. Sí había una proximidad enmarcada por una rama con mucho significado.

—Le pido disculpas, milady —dijo el duque, sin soltarla del todo, por si el equilibrio decidía traicionarla una segunda vez. Eso sí, sus manos estaban en un lugar más decente. La estaba sujetando en esos momentos por el codo.

—No hay nada que lamentar —respondió Margaret, muy consciente de que varias cabezas se habían girado. Su voz era limpia, firme—. Gracias por su rápida intervención.

Se produjo un silencio, el que seguía a una nota sostenida. Un par de damas intercambiaron una mirada de farsa. El caballero culpable carraspeó, rubicundo, y dijo con humor bobalicón:

—¡El muérdago! ¡La tradición manda…!

—La tradición la gobiernan los anfitriones —terció la condesa con una sonrisa que podía haber desarmado a un batallón francés—. Y mi hija decide que lo que manda es que los niños sean admirados.

Las risas se derramaron como un jarro de agua templada sobre el conato de beso. Aylesford retiró la mano con una inclinación mínima. Margaret salió de la línea del muérdago con la dignidad con que se esquivaba un pequeño desastre. Estaba mortificada. Él debía pensar que era la mujer más torpe del mundo. ¡Dos veces la había tenido que salvar de una caída humillante! Trató de tranquilizarse. Lo miró de soslayo. Él parecía no darle importancia a lo sucedido. Bien. El siguiente villancico cubrió el episodio de la sala. En la ciudad, los oídos amplificaban lo que deseaban oír. Parecía que nadie diría nada porque él era un duque. Uno poderoso. Respiró entonces. Nadie se atrevería a rumorear sobre un duque. Estaba protegida por añadidura.

La velada concluyó con la puja del pudding y las cestas bendecidas. Lady Helen besó en la mejilla a su anfitriona —fuera del muérdago— y prometió enviar partituras nuevas para la próxima semana. El reverendo agradeció el esfuerzo de Margaret con grandes elogios. La condesa, satisfecha, dio la señal para que los criados comenzaran a recoger mientras los últimos invitados se envolvían en sus capas dispuestos a salir para enfrentarse al aire cortante del exterior.

En el zaguán, Margaret se cruzó con Aylesford, quien ya con los guantes y el sombrero puestos. Lo acompañó hasta la puerta, donde su cochero lo aguardaba.

—Le prometo que no soy una mujer dada a los dramatismos.

—Disculpe, ¿a qué se refiere? —indagó él.

—Tengo un buen equilibrio. No entiendo el motivo por el que me han sucedido dos…

—Me ha dado la ocasión perfecta para ser un caballero —advirtió.

Ella le sonrió.

—Hemos evitado un escándalo sin necesidad de tijeras —dijo ella, con cierta ligereza.

—Hemos evitado un teatro —corrigió él —. Lo cual, no estoy seguro de si impedirá que un dramaturgo lo escriba.

Ella comprendió que el hermano de su amiga no sabía si el suceso se quedaría ahí o alguien comentaría cosas que no eran. Tragó saliva con dificultad.

—Lo siento.

—No lo lamente.

—Lamento siempre lo que no controlo —apuntó ella.

Él frunció el ceño y la miró con mucha atención. Margaret no sabía si tendría la boca sucia de azúcar o algo por el estilo. Se lamió los labios por si acaso. Entonces él entreabrió la boca y su mirada

se quedó fija en su boca más de lo aconsejado. ¡Perfecto! Seguro que pensaba que era una coqueta desvergonzada. La mirada de Edmund, por fin, se centró en sus ojos.

—Comparto su credo, milady.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—Le digo que a mí también me gusta tener el control de las situaciones.

—Ah, sí. —Se acordó de lo que le había dicho previamente. Estaba desconcertada, porque nunca ningún hombre le había llamado tanto la atención.

Para disgusto de su madre, en su primera temporada declinó una propuesta de un conde y otra de un rico comerciante. No quería casarse sin sentir esa chispa cálida en el corazón que debía encender el amor. Suerte que contaba con el apoyo de su padre y su madre no pudo obligarla a ser una dama demasiado cordial con sus pretendientes. La condesa había aceptado al fin que su hija acabaría convertida en una solterona. Sería mejor que continuase creyendo eso, porque aunque el duque había captado su atención, no era más que eso. Una relación insignificante que no llegaría a nada.

—¿Me está escuchando, milady? —La voz de él la devolvió al presente.

—Sí, por supuesto que sí —mintió—. De nuevo le doy las gracias por su generosa aportación y confío en que haya disfrutado de la fiesta. Y le pido disculpas por… bueno… por… —No sabía qué decirle. ¿Por ser una gran patosa que no ha tropezado en toda su vida y lo había hecho dos veces delante de él? Aunque en honor a la verdad, esa segunda vez no fue culpa de ella.

—No se disculpe por lo que escapa a su control. Yo ya lo he olvidado.

—Confiemos pues en que el resto también —aportó ella.

Lo vio fruncir los labios. La dama volvió a tragar saliva con fuerza. ¿Se pensaría el hermano de su buena amiga que lo había tramado todo? ¿Debería decirle ella que no era así?

Él inclinó la cabeza; ella, también. Se despidieron sin decir nada más al respecto.

***

A la mañana siguiente, el 19 de diciembre, en el Morning Chronicle se podía leer su habitual columna de sociedad. Un párrafo, escrito entre un compromiso anunciado y un nacimiento, citaba una «graciosa escena» sucedida «bajo un emblema muy propio de estas fechas como era el muérdago» en la casa de los condes de Working, donde «cierto duque bien conocido por su reserva había olvidado, por un fugaz instante, su proverbial rigidez».

Lady Margaret estaba leyendo el párrafo una y otra vez durante el desayuno, con los dedos apretando una taza de la que aún no había bebido. El corazón le dio un salto más por la irritación que por el miedo. Dejó el periódico sobre la mesa y buscó a su madre con los ojos.

La condesa acababa de entrar con el paso muy firme.

—Lo he visto —dijo su madre—. No hay nombres, pero no hacen falta; sabemos que todo Londres lee entre líneas mejor que un abogado.

—No hubo ningún beso —repuso Margaret—. Hubo sentido común. El duque fue un perfecto caballero al tomarse la molestia de intervenir y evitar mi caída.

—La ciudad no lo sabría distinguir ni aunque lo hubiese presenciado, hija mía.

—Entonces habrá que distinguir por Londres —dijo ella, tratando de controlar su rabia—. Hablaré con el reverendo y con Helen. Que se sepa que la velada recaudó una cifra mucho más que digna. Que el titular sea la necesidad y los medios para remediarla, no el muérdago.

La condesa la observó con esa mezcla de orgullo y preocupación que usaban las madres cuando sus hijas se disponían a afrontar batallas que no habían escogido.

—Cuida el tono, Margaret —dijo—. Y cuida que Su Gracia no piense que pretendes… aprovechar el rumor. De hecho, ni yo misma me hago ilusiones. Demasiadas veces te vi despreciar a caballeros gallardos durante tus temporadas.

—Oh, madre, ¿de verdad crees que Aylesford pueda pensar que lo planeé todo?

—No lo creo. Vi cómo el otro caballero casi te lleva por delante cuando se tropezó.

—No fue mi primer tropezón, mamá…

—¿No lo fue?

—No. En Covent Garden, cuando nos encontramos, también tuve la mala suerte de perder el equilibrio y me sostuvo bajo… bajo otra rama de muérdago.

—¿Dos veces has acabado en la misma tesitura con él, Margaret? —preguntó preocupada la condesa.

—Supongo que nadie vio la primera, pero la segunda la narra maliciosamente bien el periódico.

La madre de la dama chasqueó la lengua.

—Confiemos en que el duque tenga buen juicio y no vea más que dos pequeñas

casualidades.

—¿Tú las verías, madre? —preguntó con cierta esperanza.

Lady Working suspiró. Miró a su hija y le habló con certeza.

—No, Margaret. Si no fueses mi hija y sabiendo que ocurrió dos veces la misma escena…

—¡Cielos! —la interrumpió—. Él pensará lo mismo.

***

Mientras tanto, en Aylesford House, Edmund sostenía el mismo periódico con la expresión fría que solía componer cuando revisaba el libro mayor de cuentas y las cifras no cuadraban. Sobre la mesa reposaba una carta sin sello que había comenzado a escribir, dirigida a una matrona de Almack's que tenía un gran poder social para acallar rumores. Decía: «Lady Jersey, le ruego que evite…»

No pasó de ahí. En su lugar, acababa de llamar a su secretario, quien ya estaba frente a él, y, con voz baja, impartió instrucciones para que se realizase una segunda entrega de carbón esa misma tarde en público, con registro de cantidades y testigos de la parroquia. Quería hechos más nobles que ocultaran las falsedades.

No temía por su reputación. Le preocupaban más las habladurías que pudiesen circular sobre lady Margaret.

El secretario, acostumbrado a traducir la voluntad de su señor en listas, inclinó la cabeza.

—¿Desea Su Gracia enviar una nota a Working House?

Edmund dudó. La duda, en él, era una grieta finísima, por lo que debía darle la merecida atención. La situación era delicada. Bien sabía que con una chispa se podía provocar un incendio. No debía correr ningún riesgo.

—Sí. Y pídale a lady Margaret que, si le place, acompañe al reverendo durante la distribución de lo recaudado. Me uniré a ella —dijo al fin—. Conviene que la ciudad vea a la joven en la calle tanto como la vio en el salón de su casa. No nos esconderemos.

No era galantería. Era una clara estrategia. A Edmund le irritaba muchísimo la situación. La sociedad siempre estaba ojo avizor sobre cuestiones mínimas que acababan convirtiendo en grandes castillos.

Así pues, a media tarde, con la luz ya declinando, los sacos de carbón crujían como pan al romperse mientras eran transportados. Los niños del orfanato sostenían faroles alzados. La condesa de Working, envuelta en un chal pesado, saludó a los vecinos con esa autoridad amable que la solía rodear.

Lady Margaret, con los guantes húmedos y la nariz roja, iba puerta por puerta, nombrando a las madres y apuntando las cantidades de provisiones que dejaban. A su lado caminaba el duque, serio, eficiente, cuidando de que ningún saco se perdiese por descuido o por tentación. Los suministros debían llegar a quienes los necesitaban.

—Su Gracia —dijo Margaret en una pausa, sin mirarlo—. Gracias por estar aquí. Aunque no sé si ha sido buena idea dejarse ver conmigo después de… —No pudo terminar la frase.

—Como le dije en mi nota a su padre, no tenemos nada de lo que avergonzarnos y sí mucho de lo que estar orgullosos. Lo que lamento, en cambio, es que la caridad viaje más lenta que la tinta del periódico.

Ella sonrió a medias.

—Tiene que saber que todo esto que está sucediendo no forma parte de ningún plan. Le ruego que me crea, no buscaría llamar la atención de un hombre de un modo ilegítimo.

—No dudo de su honestidad.

—Estaba preocupada por si usted consideraba que yo había ideado algún tipo de plan malévolo. Estoy convencida de que un hombre como usted tiene que cuidarse mucho para no ser atrapado.

—¿Un hombre como yo? —indagó de inmediato.

—Es un duque.

—Lo sé. Mi padre, que en paz descanse, no me permitió nunca olvidarlo. Y mi madre, bendita fuese, trató de hacerme más llevadera la obligación. Pero soy mucho más que mi título, milady.

Ella se dio cuenta de que la acababa de reprobar.

—No quería decirlo de ese modo. Más allá de un título, toda mujer que tenga un par de ojos sanos puede apreciar que usted es… —se silenció al darse cuenta de lo que casi había estado a punto de decir.

—¿Qué puede apreciar una dama en mí? —preguntó de inmediato.

Ella le sonrió de nuevo.

—¿Está buscando cumplidos? —El flirteo le salió natural.

—¿Me considera un hombre que los merezca?

—Creo que no debería decir nada que pueda ser considerado en mi contra, Su Gracia.

No lo admitiría, pero se sintió defraudado; le hubiera gustado saber la opinión que tenía acerca de él.

—Me agrada mucho su franqueza.

—Mi madre la censura. Cree que por ese motivo no estoy casada.

—En una sociedad donde todo tiene una doble o triple lectura, se agradece la espontaneidad. Creo que usted no esconde nada.

—¿Y eso es positivo?

—Es positivamente agradable, ya se lo he dicho. ¿Es usted la que busca cumplidos, lady Margaret?

Ella batió sus espesas pestañas.

—¿Me considera una mujer digna de recibirlos? —usó la fórmula que el duque había utilizado hacía escasos minutos.

—Sí —afirmó sin un ápice de duda.

Ella sintió que sus mejillas enrojecían. Esperó a que él dijese algo más, pero como parecía que ahí acababa de finalizar ese breve intercambio más íntimo, Margaret no osó hacer ninguna observación. La fuerza y seguridad con la que lo había afirmado, le dijo más que cualquier inútil galanteo. Se sintió satisfecha.

Cuando terminaron el reparto, todos los implicados se sentían bien consigo mismos. El duque había compartido una tarde agradable con una mujer bastante interesante. Ella había conocido un poco más a ese hombre tan recto. Y lo fundamental: las familias que precisaban apoyo lo habían recibido. El reverendo pronunció una bendición breve, efectiva, a modo de despedida. Aylesford y Margaret se separaron en una esquina donde el farol hacía extrañas sombras en la pared. Había, sobre sus cabezas, un alero del que colgaba un pequeño ramillete de muérdago pobre, deshilachado por el viento. Ninguno se detuvo bajo él. Pasaron sin mencionar que era la tercera vez que el muérdago parecía gritarles que debían besarse.

¡Qué tontería!

Al día siguiente, el Morning Chronicle añadió en un recuadro un agradecimiento público a las casas de Aylesford y Working por la generosa entrega de enseres a las familias necesitadas de la parroquia de St. Martin. El párrafo no mencionó ni al duque ni a la dama. Una tregua. Pero los rumores no vivían solo de tinta; también de memorias.

Margaret, que conservaba el ramillete modesto que había colgado en su sala, pensó que una rama no debería conducir el destino, aunque daba pie a plantear una tentación. Ella misma había pensado tres veces en lo que sería besar a un duque tan apuesto. A un hombre tan seguro de sí mismo.

Edmund, por su parte, repasaba su agenda y se decía a sí mismo que cuando quisiera

robarle un beso a una dama, lo haría porque así lo sentía, no porque el muérdago fuese el ladrón. Sin embargo, al cruzar la sala de música de casa, su sombrero rozó el muérdago que había mandado colgar discreto y, por un instante, el duque se permitió imaginar cómo habría sido posar sus labios en los de Margaret. Fue un pensamiento breve, pero caló en lo más hondo de su ser. ¿Le gustaba ella tanto como para imaginarse a sí mismo besándola?

No quería responder a semejante pregunta.

Un duque tenía cosas más importantes en las que centrarse. No obstante… estaba el asunto del heredero que todavía le debía al título. No. Dejó de pensar en cosas que no eran importantes. Por amor del cielo, era joven, tenía solo… ¡Iba a cumplir los treinta! No debería dejar de lado el asunto del matrimonio…

Se olvidó de ese pensamiento en cuanto surgió. Era demasiado pronto para asentarse. Le gustaba su libertad. Cuidar de su hermana ya era un gran trabajo en sí mismo. Helen resultaba demasiado impulsiva. Tanto como él cauto y sensato.

La nieve, esa noche, comenzó por fin a caer con fuerza. Londres se preparaba para una Navidad de cuento de hadas.

Capítulo 3

Grandes novedades

El 20 de diciembre amaneció con suficiente nieve para acallar ruedas y voces. Los cocheros maldecían en voz baja mientras las palas abrían los caminos en Grosvenor Square. A media tarde, Aylesford House resplandecía con ese brillo que solo tenían las grandes casas de los grandes aristócratas. La escalera principal estaba engalanada con guirnaldas de acebo y la galería superior contaba con coronas discretas, sin la ostentación que Edmund tanto desdeñaba. En el dintel de la sala de música colgaba el mismo ramillete de muérdago que el duque había ordenado colocar sin demasiado protagonismo. La rama, testaruda, parecía hallar su propio modo de hacerse notar.

¿Qué tenía el muérdago para que se sintiese tan incómodo cuando lo veía? No era que Edmund considerase los besos poca cosa. En realidad eran agradables… ¿Lo eran? No lo recordaba del

todo. La lujuria era fácil de satisfacer si uno sabía encontrar a una mujer discreta, una viuda por ejemplo, en cambio, lo que transmitía un beso era un asunto completamente diferente. ¿Cuánto hacía que no besaba a una mujer, que no la besaba de verdad? Tanto que ni lo recordaba.

Lo echaba de menos. Era una gran verdad. La expectación de poseer la boca de una dama era una sensación plena. Y cuando se conseguía la conquista… ¡Ah! Eso eran palabras mayores.

Lo más desconcertante del asunto residía en que él, un duque poco dado al romance, estaba esperando con gran deleite una visita.

Lady Margaret.

O Margaret, como ya la llamaba en su fuero interno, le hacía pensar en el maldito muérdago y en los besos. Se imaginaba cómo sería besarla, pensaba en su reacción, si sería favorable o lo mandaría a un lugar muy lejano si se atreviese a dar el paso. Ella era muy correcta. Lo que se esperaba en una dama de alta cuna, pero también era cierto que lo miraba más de la cuenta y le sonreía con sinceridad. ¿Sería una señal de que él debería dar algún tipo de paso? ¡Un momento! ¿Un paso para qué? Ah, sí. Para besarla y ver… ¡Dios! Uno no podía besar a la hija de un conde sin consecuencias.

Y mientras un duque analizaba el poder de los besos, una dama se preparaba para divertirse en la víspera de Navidad.

Lady Margaret llegó a casa del duque con la condesa de Working y su hermano Henry, invitada a una tarde de juegos de salón que lady Helen había organizado con una intención benévola y otra menos confesable: obligar a Edmund a mezclar el sentido del deber con el gusto por la compañía. Helen había visto que entre su hermano y una de sus grandes amigas había cierta chispa.

A la entrada, el mayordomo se inclinó lo justo para mostrar sus dotes.

—Lady Margaret, lady Working, milord —anunció—. Lady Helen les aguarda en la sala de música.

Margaret estaba nerviosa. No comprendía bien el motivo. Un duque como él podría tener a cualquier mujer, así que no debería pensar en que hubiese puesto sus ojos en ella, pero…

La sala se abría ante ella en ese momento como un cofre. Habían encendido un fuego que no rugía, pero sostenía una calidez civilizada; sobre la consola reposaban algunas partituras, y junto a ellas, tazas de ponche especiado. Bien. No era una reunión demasiado privada. Habían sido invitados un puñado de damas y caballeros con buen juicio y mala memoria selectiva. Eran los suficientes para que la reunión pareciese ligera y que ninguno alimentase chismorreos.

¿Por qué tenía que ser la reputación de una mujer tan susceptible de suspicacias? La sociedad era cruel.

Lady Helen fue hacia Margaret con los brazos abiertos. Se abrazaron y saludaron. Se apartó de su amiga y se concentró en la madre de esta.

—Condesa, bienvenida. Henry, si no ayudas a afinarlos, al menos no los desafines —apuntó, al tiempo que señalaba el piano.

El hijo de lord Working se llevó una mano al corazón.

—Solo toqué el piano una vez. Me bastó para comprender que era muy complicado utilizarlo sin las nociones oportunas. ¿Hasta cuándo me lo recordarás, Helen? —bromeó con la hermana del duque.

—Solo para verte fruncir el ceño vale la pena hacerlo cada vez que haya un piano cerca. —La dama se ladeó para buscar a su amiga y le dijo—: Margaret, te prometí juegos; los habrá. Y también música. Edmund llegará en seguida, sigue todavía revisando las cuentas con su administrador. Si le ves con gesto sombrío, no se lo tengas en cuenta. El deber lo abruma a veces. Le daremos una galleta para que no frunza el ceño tanto como Henry.

—Prometo administrarle azúcar con prudencia —respondió Margaret, al tiempo que sonreía.

Henry se dejó llevar hacia el grupo de caballeros. La condesa, satisfecha con el entorno —ni demasiado íntimo ni demasiado público—, se entretuvo saludando a una amiga. Margaret se acercó

al atril de la esquina y pasó los dedos por una partitura con curiosidad. No había sido nunca una gran intérprete pero disfrutaba mucho escuchando una buena interpretación. Helen era sublime a las teclas de un piano.

—Es el dueto de la otra noche —dijo una voz masculina, grave, a su espalda—. Mi hermana podría pasarse horas tocando el piano. A veces la envidio por poder atender cuestiones que la llenan de felicidad sin pensar en otras que deberían pesar más.

Edmund se había acercado sin hacer ruido. Su expresión no era sombría; era la de un hombre que, a buen seguro, había dejado hasta la última cifra en su sitio.

—El mundo así lo exige, Su Gracia — repuso ella.

—¿Qué exige el mundo, lady Margaret?

—Si me permite la franqueza…

—La agradezco —la interrumpió él brevemente.

—Entonces le diré sin tapujos que creo que incluso antes de nacer ya tenemos los lugares asignados. Un hombre se dedicará a cuidar y proteger, la mujer se convertirá en una sencilla herramienta para que su esposo pueda centrarse en su deber, aunque a ella se le permitirá disfrutar de ciertos asuntos frugales. —Al ver que él se quedaba

mirándola con fijación, ella suspiró—. ¿Lo he escandalizado?

—¿Es así como ve usted el mundo, milady?

—No. Yo no.

—¿Entonces? —la interrogó, pues esperaba alguna explicación.

—Si mi visión fuese todavía tan drástica y estuviese de acuerdo con ella, me habría casado durante mi primera temporada. Mi madre se queja porque padre me dio demasiada libertad. Ya sabe, las damas progresistas no están bien vistas.

—¿Y qué es lo que espera de su futuro? —trató de averiguar lleno de curiosidad.

—No lo sé. Desde que tengo uso de razón mi madre me inculcó la idea de que había nacido para estar detrás de un hombre poderoso.

—Es una creencia extendida. Las madres quieren que sus hijas estén bien situadas.

—Lo entiendo, pero yo no quiero estar detrás.

—¿Dónde desearía estar, lady Margaret?

—Al lado de mi esposo.

Edmund frunció ligeramente el ceño.

—El deber de un caballero es estar delante de su esposa, no por una cuestión de importancia, más bien porque será el escudo que la proteja.

—¿Y no debería tener yo el mismo derecho a protegerlo a él? —preguntó con suavidad.

—Un hombre se sentiría insultado si su esposa desease luchar sus batallas.

Ella cabeceó varias veces. Le estaba dando la razón.

—A eso me refiero. No puedo ser la mujer que se quede al margen mientras quienes amo puedan sufrir. No está en mi naturaleza conformarme con lo que se espera que haga.

—No puedo censurarla por ese pensamiento. Tampoco podría ver sufrir a quien no lo merece si está en mi mano impedirlo.

—¿Y si fuese su esposa quien hiciese algo que la sociedad censurase para protegerlo, Su Gracia?

—Admito que no me lo había planteado nunca. Desde temprana edad se me informó y exigió que debía estar a la altura a cada paso de mi vida. No me había surgido la posibilidad de que alguien quisiera convertirse en mi… —No encontró la palabra.

—En su escudo —lo ayudó ella.

—¿Por qué querría una mujer sufrir alguna penuria que su marido debería soportar por ella?

—Amor —susurró ella—. Todo se reduce al amor y al sacrificio. ¿Por qué un esposo debe soportar lo indecible y su mujer no debe actuar para socorrerlo?

—¿La dama haría cualquier cosa para salvarlo a toda costa en caso de necesidad? —indagó él.

—No lo sé. Lo que sí tengo claro es que yo lo haría si él hubiese conquistado mi mente, mi cuerpo y mi alma —dijo sin darse cuenta de que la conversación era demasiado íntima. El silencio se extendió entre ambos. Ella suspiró. Su madre se moriría si supiera que acababa de decir algo como aquello—. Ahora creo que sí que lo he escandalizado.

—En absoluto. Me ha dado mucho en lo que pensar. Es poco frecuente que alguien me deje sin palabras.

Margaret le sonrió.

—Apuesto la fortuna de mi padre a que así debe ser. Supongo que sería conveniente llevar la conversación hacia un asunto más ligero. Bien. Su Gracia, gracias por abrir su casa.

Le hubiese gustado más continuar hablando de cuestiones menos frívolas, pero la entendió y aceptó las reglas del juego.

—La ciudad se hace pequeña cuando nieva —dijo él—. Y más pequeña cuando los periódicos la encogen. No podemos hablar de cuestiones ligeras cuando nos hemos convertido en dos personas a quienes vigilan. —El duque miró con descuido a su alrededor y vio que había sobre ellos muchos ojos. Margaret también se dio cuenta de ese hecho. Luego él prosiguió—: He preferido que nos viésemos bajo un techo donde mando yo, que bajo el techo de la especulación.

—¿Debo darme por amonestada?

—¿Amonestada? ¿Por qué motivo?

—Cada vez que nos encontramos sucede algo que nos coloca en el ojo de la sociedad.

—No. No es por usted.

—¿No lo es? —inquirió con cautela.

—No. Es por mí. Nunca me acerco más de la cuenta a una dama que… —Su explicación fue perdiendo fuelle.

—¿Que tenga la intención de atrapar a un duque? —terminó ella por él.

—Parece molesta. —No le pasó desapercibido su tono tenso.

—No. Soy muy consciente de que lo he puesto a usted en una situación compleja por el mero hecho de estar a su lado. Y no solo a usted, también a mí misma.

—Me alegra saber que entiende nuestra… peculiar situación. Debo ser transparente —resolvió, con una sinceridad brutal—. No me gustan las intrigas. Ni para perjudicarme ni para favorecerme.

Ella abrió los ojos por completo.

—¿Soy una intrigante? —La pregunta salió demasiado pronto y no pudo tragársela—. Olvide lo que he dicho. Ambos coincidimos —repuso Margaret, y fue consciente de que se estaba enfadando—. Quizá su casa sea el mejor lugar para que la gente vea que solo es usted amable con una mujer que tiene demasiados años y temperamento como para pensar en intrigas. Tenga buenas tardes —se despidió de él a toda prisa.

Edmund se quedó allí, parado mientras la observaba alejarse. ¿Qué acababa de suceder? Él se refería a las intrigas que tejía la sociedad. Esa mujer tenía fuego en su interior. Si él fuera otra clase de hombre menos respetable se estaría imaginando lo seductor que resultaría ver toda esa fuerza en el lecho.

Sacudió la cabeza para olvidarse de Margaret y centrarse en la reunión. Su hermana estaba en el centro de la sala. Había hecho palmas para captar la atención de los invitados.

—Damas y caballeros, comenzaremos con un juego antiguo que mi abuela juraba que ganaba siempre —anunció—. La palabra escondida. Yo propongo pistas musicales y ustedes adivinan la palabra. Quien acierte, elige pareja para la segunda ronda.

Un coro de aprobaciones se escuchó. Las pruebas navideñas, bien administradas, eran buenas contra la ferocidad de las conversaciones libres. Helen tocó en el clavecín unas notas de un villancico y lanzó una pista:

—Primera: «Me cuelgo donde hay umbrales y provoco travesuras». Segunda: «No soy de comer, aunque me confundan con una mesa». Tercera: «Desde los druidas, me atribuyen poder».

—Muérdago —dijo, sin esfuerzo, media sala a la vez. Entonces hubo risas y algún aplauso.

Helen sonreía mientras su hermano se preguntaba qué pretendía la entrometida.

—Perfecto —prosiguió la hermana de Edmund—. A ver quién lo ha dicho el primero… —dudó de modo teatral—. En fin, creo que lo han adivinado a dúo. Lady Margaret y mi ducal hermano.

Las miradas entre ambos se cruzaron con una chispa que no era hostilidad; tampoco de rendición. Margaret se sentía inquieta y a él lo embargaba una sensación de lo más extraña.

Lo que les sucedía a ambos nada tenía que ver con la irritación. Era algo más profundo.

Helen alzó las cejas, maliciosa como solo una hermana podía serlo.

—Segunda prueba: Charadas al oído. Cada pareja recibirá una palabra distinta y deberá representarla sin decirla. Comenzarán, por justicia del azar, Aylesford y lady Margaret.

Un criado entregó a cada pareja un papel plegado. Edmund cogió el suyo, lo abrió, leyó y no movió un músculo. Se lo ofreció a Margaret. Ella miró lo que allí estaba escrito: «Compromiso».

Un escalofrío ínfimo les recorrió la columna. No se trataba de promesas privadas, se trataba solo de un juego; y, sin embargo, el Morning Chronicle había enredado esa palabra en torno al nombre de ambos.

Margaret levantó la vista y encontró los ojos del duque con un brillo que bien podría haber confundido con reto. Quizá lo era. Quizá no. La situación era complicada.

—Si represento yo, perderemos —susurró ella, con humor seco—. Tome usted la escena.

—Si la represento yo, nos acusarán de ser demasiado literales —replicó él, en el mismo tono —. Propongo honestidad; mostraremos el significado sin guiños.

—Honestidad —repitió ella—. Qué extravagancia tan poco elocuente para la ocasión.

—Tengo una idea —añadió él.

Se colocaron frente al grupo. Edmund unió los índices como si trazase un círculo. Después, con un gesto claro, separó una mano y, con la otra, indicó un documento imaginario donde estampaba sellos y firmas. Margaret, rápida, añadió con las manos una cadena invisible que unía dos muñecas, exagerada, como en un teatro de feria. El grupo se rio.

—¡Compromiso! —gritó Henry, encantado de entender algo antes que nadie—. ¡Compromiso!

Helen hizo palmas de nuevo, triunfante.

—Perfecto. Siguiente palabra para la siguiente pareja.

Cuando le tocó el turno a otros, Margaret y Edmund se replegaron cada uno a su lugar —bien separados—, y las charadas siguieron su curso. Las palabras parecían escogidas por una mano con una inclinación simbólica. Ella estaba tentada de mirar a Helen, pero se contuvo. En esos instantes, lo mejor que podía hacer era respirar y observar.

En el intervalo, Henry y un joven vizconde propusieron jugar a la gallina ciega sin vendas, a modo de persecución con obstáculos de sillas. Helen, diplomática, lo transformó en pastoreo: los participantes, guiados por una melodía que variaría veloz, debían alcanzar una campanilla en la otra punta de la sala. Margaret, contra su voluntad, aceptó. Edmund, contra la suya, también. Los dos sabían que debían actuar con suma normalidad. El juego les obligó a escuchar y no a hablar. Ella alcanzó la campanilla antes; él llegó un segundo después.

—Los dos han ganado —decretó Helen —. El premio será elegir la música de la pieza final.

—Algo animado —dijo Margaret—. Un villancico, a dos voces, que nos permita poner en valor las fiestas que casi tenemos encima.

—No podría estar más de acuerdo — añadió Edmund, con su característica seriedad.

—Elijan, pues —concedió Helen, con una sonrisa satisfecha.

La segunda parte de la tarde fue más musical. La señorita Davenant cantó con bellísima soberbia los adornos más sencillos junto con lady Helen, quien la acompañaba mientras tocaba el piano.

Era una virtuosa de ese instrumento. Margaret se preguntó si su hermano tendría tanto talento. Se sorprendió a sí misma mirando a Edmund.

Él se mostraba satisfecho mientras su hermana brillaba y lo hacía brillar a él.

La reunión concluyó con tazas de chocolate y galletas de jengibre. Poco después, Helen procedía a despedir a la mayor parte de los asistentes con abrazos y frases comunes.

Cuando el último de los invitados se marchó, la sala quedó en silencio. Incluso Henry se había ido con uno de sus amigos y Margaret estaba más que preparada para irse, no así su madre. De hecho, Helen se excusó para supervisar a los criados y la condesa se retiró al tocador. Si Margaret no conociese mejor a su madre pensaría que estaba tramando algo. Oh, sí. Margaret ya sabía que Helen actuaba sin demasiada honestidad. ¿En qué estaba pensando su amiga para orquestar un acercamiento entre ella y el duque?

Así pues, la tarde, sin quererlo, había hecho sitio a un tramo más íntimo. Solo quedaban Edmund y Margaret junto al fuego, con las tazas vacías.

—Su hermana logra lo que se propone —dijo Margaret—. Empequeñecería a los más intrigantes. —No pudo evitar la alusión.

—Mi hermana es peligrosa cuando se aburre —admitió Edmund—. Hoy estaba muy entretenida. Tendré que hablar con ella muy seriamente por haber jugado con nosotros. Le pido disculpas por ello.

Hubo un silencio. No fue tenso. En la ventana, los copos dibujaban diagonales.

—He pensado en la columna del periódico —dijo él por fin, sin rodeos—. No me preocupa a mí. Me preocupa que la usen contra usted.

—No les daré ese alimento —repuso ella —. Todo parece tranquilo por el momento.

—Las calmas no son buenas, suelen anunciar tormentas.

—¿Y qué propone, Su Gracia?

—Para empezar, que me llame por mi título cuando estemos a solas.

—Me parece bien. ¿Qué propone, Aylesford?

—Para continuar, que no se moleste al interpretar mis palabras. Si la considerase intrigante me mantendría bien lejos de usted, lady Margaret —razonó.

Ella sintió los mofletes arder.

—No estuve acertada al volcar mi rabia donde no correspondía, y por ello me disculpo. Me siento impotente porque susurran sobre mí y no entiendo el motivo. Y me siento culpable porque de cierto modo lo he arrastrado conmigo. Cada día que

me levanto siento la presión al coger el periódico. Mi madre también está preocupada. No es justo que se juegue así con las personas. La vida de una persona no es ningún juego y los rumores parece que la conviertan en eso.

—La entiendo perfectamente. Creo que podremos superarlo.

—Le escucho.

—Dos semanas de tregua social —dijo—. Si quieren jugar con nosotros les haremos frente. Nos veremos en actos donde la caridad sea el centro y evitaremos escenas innecesarias. Si alguien insinúa, no negaremos ni afirmaremos. Que cada cual se aburra de su conjetura. Pasadas las fiestas, los rumores habrán elegido otra víctima. Usted habrá salvado su proyecto de la parroquia y yo demostraré que estoy por encima de las murmuraciones.

—No es un mal plan. Pero también podríamos evitarnos en todo lo posible.

Él abrió los ojos por completo.

—¿La compañía de un duque no le parece adecuada? —Estaba enfadado.

—Lo que me parece mal es que se hable sobre nosotros cuando no hay nada de lo que hablar.

—Es usted la amiga de mi hermana.

—¿Al fin ha hecho la conexión? —indagó ella sorprendida.

—¿Por qué se empeña en irritarme? Estamos inmersos en una guerra que solo podemos ganar si estamos en el mismo bando.

—Creo que si no estamos juntos será mejor.

—¿Tanto le disgustaría casarse conmigo, lady Margaret?

Le tocó a ella abrir desmesuradamente los ojos.

—¿Qué clase de pregunta es esa, Su Gracia? —Lo trató con absoluta formalidad porque la ocasión ameritaba.

—Una honesta. No acostumbro a que alguien considere que mi compañía no es grata.

—¿Se refiere a los hombres o a las… mujeres?

—¡Lady Margaret! —la llamó al orden por lo inapropiada que fue la pregunta.

—Ahora ya comprende el motivo por el que yo no sería una buena esposa para usted.

—No recuerdo habérselo propuesto —saltó de inmediato.

—No, pero sí que me preguntó hace escasos segundos si me disgustaría ser su esposa. Si yo hubiese sido una intrigante…

—¿Otra vez con eso? —la frenó.

—Si yo hubiese sido una intrigante, cosa que usted no considera que sea —puntualizó para tranquilizarlo—, habría aprovechado la sencilla pregunta para tergiversar sus palabras y *cazarlo*.

—¿Ahora he dejado de ser un duque para convertirme en un animal al que se debe apresar?

—Sabe lo que he pretendido decir.

—Se equivoca. No sé en absoluto lo que pretende. Quiere huir de mí. Eso es lo que extraigo de nuestra conversación.

—No soy de las que huye, creí que a estas alturas de la conversación ya se habría dado cuenta.

—Le estoy diciendo que quiero que nos relacionemos durante dos semanas, milady, y usted me lo niega.

—¿Disculpe? —El reconocimiento la dejó atónita. Ella no había entendido eso cuando le dijo que se encontrarían durante dos semanas.

—Esto no funcionará.

—¿El qué? —indagó con cautela.

Él chasqueó la lengua y la miró con más irritación.

—Todo el mundo que me conoce sabe lo que quiero sin necesidad de solicitarlo, milady.

—Todo el mundo que me conoce a mí sabe que acostumbro a incomodar haciendo preguntas. No doy nunca nada por supuesto y no me gusta ir a ciegas.

—Responda a una cuestión.

—Lo haré si puedo —le concedió.

—¿Le resulta incómoda mi compañía?

—No —respondió de inmediato.

—Bien.

—Pero eso no significa que sea prudente que me encuentre con usted.

—¿Acostumbra siempre a tener la última palabra?

—Un defecto terrible, mi madre le daría la razón.

—Se lo diré de otro modo. Quiero conocerla.

—¿Por qué? —No se fiaba de él. Si iba a darle esperanzas para luego quitárselas, tenía que decírselo sin amagos.

—Porque me intriga.

—No. Esa palabra no ha estado acertada. Ya hemos decretado que no soy ninguna intrigante.

—Quiero conocerla.

—Eso ya lo ha dicho.

—¿Por qué es tan complicado mantener una conversación con usted, milady?

—Otro defecto que añadir a la lista.

—Eso lo juzgaré yo, no usted.

—¿Es usted un duque tirano?

—Cuando hace falta sí.

—Bien, porque mi madre, si fuese menos juiciosa, le diría que yo sería la reina de la tiranía si un lugar así existiese.

—Sé que la ganaría en ese terreno con facilidad. Así que no discuta más.

—¿Sobre qué discutíamos? —La pregunta se deslizó como si fuese una broma,

aunque en verdad no recordaba el motivo por el que se habían enzarzado en una pequeña batalla dialéctica.

—El tirano ordena que se deje ver con él en citas concretas.

—Cierto. ¿Cuál era la finalidad de dicho acuerdo? —preguntó de modo muy inocente.

—Conocerla —le recordó.

Ella se quedó mirando esos expresivos ojos azules con mucha atención. Luego asintió.

—Usted gana. Asistiré si me lo pide, Aylesford.

—Se lo pido —apostilló, más deprisa de lo que habría querido.

El trato quedó suspendido entre ambos como una cinta. No era cortejo, no era plan frío tampoco; era una alianza de invierno. El fuego chasqueó en ese instante y una brasa lanzó una chispa diminuta sobre el mármol. Ella se movió, instintiva, a aplastarla con el atizador. Él alargó la mano al mismo tiempo. Los dedos se rozaron, guantes contra guantes. El gesto, insignificante, abrió una puerta de intimidad que los dos se apuraron a cerrar. Ya habían transgredido demasiadas reglas como para seguir haciéndolo.

—Gracias —dijo Edmund, al tiempo que retiraba la mano, aunque seguía estando bastante cerca de ella—. No debía estropearse el suelo.

—Cierto. Sería un escándalo intolerable —corroboró Margaret. Le gustaba la proximidad del hermano de Helen.

El mayordomo apareció en la puerta con la oportunidad de un ángel custodio. La magia se esfumó. Ambos dieron un paso atrás para poner una distancia respetable.

—Su Gracia, ha llegado un mensaje sellado del Morning Chronicle —anunció—. Lo trae un mozo, aguarda su respuesta.

Edmund cogió la tarjeta que el criado le tendía. La leyó. Sus ojos, al pasar por la última línea, se endurecieron. Le entregó el papel a Margaret sin decir una palabra porque la cuestión también le atañía. Ella lo leyó a su vez: «Solicitamos, por cortesía, confirmación o desmentido acerca del compromiso entre Su Gracia el duque de Aylesford y lady Margaret Fairchild, del que se nos informa por fuentes fidedignas. La edición se cierra a medianoche».

El silencio de la sala se volvió asfixiante.

—Su Gracia —dijo el mayordomo con impecable neutralidad—, ¿qué desea que le diga al mozo?

Edmund no miró a su mayordomo. Miró a Margaret. En sus ojos no había pánico ni rubor; estaba evaluando la situación como él.

—No hay comentarios al respecto —dijo Edmund al fin.

El mayordomo, intuyendo que la cuestión había perturbado a un patrón que no solía mostrarse nervioso, inclinó la cabeza y se retiró. La puerta se entornó con un susurro.

—Mañana el rumor crecerá —dijo Margaret, en voz baja.

—Y pasado, si hacemos lo que debemos, se cansará —repuso él—. Sé lo que me hago. ¿Confiará en mí, lady Margaret?

Ella suspiró. Pocas opciones le quedaban.

—Creo que sería mejor que fuese a ver a una tía en…

—No dejará Londres —tronó él, suponiendo lo que ella iba a plantear.

—Me consta que un hombre de su posición debe estar acostumbrado a lidiar con asuntos complicados.

—Más de lo que cree, por eso confiará en mí.

—Su reputación no se resentirá si esto se nos escapa de las manos. Dios sabe que un hombre tiene potestad para hacer y decir lo que le plazca, en cambio, una mujer no.

—La pregunta que le he hecho y que no ha respondido es sencilla. ¿Confiará en mí? —se la repitió.

—¿Está seguro de lo que pretende?

—Siempre lo estoy. No dejo nada al azar.

—¿Y comprende lo que ocurrirá si…? —La pregunta se desinfló.

—La duda me ofende, lady Margaret. No encontrará a un hombre más honorable que yo. Eso se lo puedo certificar frente a un tribunal si es necesario.

—Eso es lo que me preocupa. No quiero ser ese tipo de dama.

—¿Cuál sería esa? —preguntó porque no la entendió.

—La que atrape a un buen partido porque él no tuvo más remedio. —No tenía sentido negar a dónde podría desembocar la situación. Y por descontado que ella sabía que Edmund no la dejaría caer. Era un hombre sensato, correcto y severo. Si algo surgía entre los dos deseaba que fuese por otro motivo muy diferente al deber.

Él le sonrió. No le ofreció una sonrisa a medias. Le mostró cada uno de sus perfectos dientes.

—No soy presa fácil. El honor no me apremiaría a hacer lo que se espera de mí en caso de que no tuviese la certeza de que podré seguir viviendo con mi decisión.

La dama lo miró con suma atención. Se veía muy seguro de sí mismo. Aunque ella no había terminado de entender del todo su última aseveración.

—Entonces seguiré su consejo y no discutiré más con usted.

La alianza quedó sellada de manera menos solemne que un contrato y más férrea que un brindis. La condesa volvió en ese momento a la sala. Llevaba dibujado un gesto de complacencia por una tarde impecable. Helen entró detrás; se apreciaba en la dama un aire de travesura.

Así que la vida práctica se impuso.

Cuando finalmente todos se despidieron y el carruaje perdió velocidad en la nieve, Margaret apoyó la frente en el cristal por un segundo. El muérdago y el duque de Aylesford, en su memoria, no parecían una trampa. Él mismo no había sentido pánico cuando leyó esa misiva enviada desde el periódico.

Mientras, en su casa, Edmund se sintió solo. Esa mujer le causaba mucha curiosidad. Era

fuerte y muy decidida. Buenas cualidades para ser una duquesa. Y su aspecto físico cada vez le parecía más que adecuado. En realidad esa noche la había visto más bella que nunca. Se situó debajo del muérdago y miró el ramillete para sentir lo que ese lugar exacto decía sin palabras. No escuchó nada. Eso sí. Su corazón se aceleró al pensar en cómo sería besar a lady Margaret con el pretexto de la tradición.

Capítulo 4

La sonata del corazón

El 21 de diciembre amaneció con una claridad blanca que engañaba, pues parecía un día luminoso y, sin embargo, se sentía sombrío. Los periódicos no traían mención nueva del episodio del muérdago. El Morning Chronicle guardaba silencio tras la tarjeta enviada a Aylesford House. Ese mutismo no tranquilizó a Edmund; pese a que lo consideró… estimulante.

Lady Helen había dispuesto una pequeña reunión vespertina para los patronos de la parroquia: apenas una docena de personas, con chocolate espeso de por medio, algo de música y, como motivo práctico, recoger donativos para completar nuevas cestas de carne. La condesa de Working aceptó asistir con su hija; Henry prometió comportarse, lo que en su diccionario significaba hablar solo la mitad.

A media tarde, Margaret atravesó la galería de Aylesford House con el orgullo intacto y la voluntad férrea. Llevaba un vestido sencillo de lana verde y un chal de color crema. El mayordomo le indicó que lady Helen la aguardaba en la biblioteca, pero un criado muy joven se cruzó con una caja de plomo y partituras.

—Disculpe, milady —dijo el mozo—, me pidieron que llevase estas partituras a la sala de música, mas el pasillo está prácticamente a oscuras; una corriente de viento ha debido apagar dos candelabros y temo que pueda ocasionarle algún problema.

—Yo las llevaré —repuso Margaret con una sonrisa—. Conozco bien el camino. Usted busque lo necesario para arreglar la iluminación antes de que alguien se tropiece.

La caja pesaba lo justo para hacerla consciente de sus propios brazos. El mozo se inclinó agradecido y se apartó. Margaret caminó hasta el recodo donde la galería se estrechaba y los paneles de madera oscura devoraban parte de la luz. El pasillo de la sala de música había sido siempre más frío que el resto de la casa; por eso, quizá, el muérdago colgado allí parecía conservar mejor su verdor.

Al doblar la esquina, vio que no estaba sola. Edmund sostenía una herramienta de mecha y preparaba una cerilla con la paciencia de un relojero. A su lado, un lacayo aguardaba, inmóvil, sin atreverse a soplar al mismo tiempo que su señor.

—Si me permite, Su Gracia —dijo Margaret—, traigo música; usted trae luz. Sería una pena desperdiciar cualquiera de las dos.

Edmund alzó la mirada y volvió a sonreírle sin reservas.

—La casa está recordándome que estamos en invierno y que el viento decide cuándo apagar la luz.

Encendió el farol con un gesto firme. La llama iluminó el lugar. El lacayo, liberado, se apresuró a recomponer la fila de luces y se retiró. Se quedaron solos, con la caja y el muérdago cerca.

—Déjeme ayudarla —pidió Edmund, al tiempo que le quitaba lo que ella portaba—. Es un contrapeso adecuado para la conversación difícil que tenía intención de forzar.

—¿Difícil?

—He estado pensando —dijo—. Sigo estando inquieto por su reputación, sí, pero también hay otra cosa.

La caja bajó al suelo e hizo un ruido recatado. El pasillo devolvió el eco, sin burlas. Margaret apoyó la espalda en el panel y cruzó las manos, sin apretarlas.

—Diga esa otra cosa.

Edmund no miró al muérdago ni buscó un subterfugio. Examinó a la mujer a la que estaba empeñado en no concederle poder, y a la que ya se lo había otorgado sin poder evitarlo.

—Hace tres inviernos —empezó—, el esposo de una prima mía arruinó la confianza de media calle cuando prometió auxilios que no podía pagar. Los criados de dos casas se quedaron sin salario tres meses; se alimentaron de la despensa de Aylesford House porque yo no soporté verlos al raso. La ciudad se olvidó del culpable y me aplaudió a mí por reparar el daño, pero no me sentí satisfecho. No quise los aplausos, pretendía que nadie de mi familia volviese a causar problemas. Yo nací para ser un duque y así me han educado, no… no sé ser de otro modo. Solo conozco la obligación por encima de todo.

Margaret lo había escuchado con atención. La revelación no era lo que Londres contaría en una cena. Era una grieta que ella adivinaba que a Edmund no le gustaba mostrar.

—Comprendo —dijo—. Soy la hija de un conde, para bien y para mal. Desde la cuna me enseñaron que mi comportamiento repercutía en toda mi familia. Sé lo que es la obligación, tal vez no al nivel que usted la tiene que soportar, pero sé de lo que habla.

—¿Y le disgustaría un hombre con una rectitud moral tan severa que a veces se olvidase incluso de alimentarse a sí mismo si tiene obligaciones que atender?

Ella le sostuvo la mirada, y decidió que el pasillo, pese a la fama de trampa que tenía para algunas jóvenes, podía ser el escenario de una conversación sincera.

—Hace años que superé los cuentos de hadas, esos en los que un príncipe lo dejaría todo a un lado por su princesa. Me hago mayor y quiero pensar que soy más sabia. Un hombre que no se permite fallar me parece mil veces mejor que uno que se desentiende de sus actos.

—Entonces… ¿me aprueba?

—Sí. Desde luego que sí. Le seré tan sincera como usted lo ha sido al compartir esa historia tan delicada sobre su familia. Verá, es usted todo lo que una mujer podría soñar, sin embargo…

—Sabía que no todo podía ser así de fácil —musitó él.

—Lo siento, pero no quiero ni puedo renunciar al amor. La obligación y el deber forman parte de lo que usted y yo somos, no hay que olvidarlo, pero eso no debería impedir que haya amor en una pareja.

—¿Y no cree que yo sea capaz de amar? —preguntó con suavidad.

—No lo sé… —confesó con honestidad—. Aunque la pregunta más importante es si yo podría despertar ese sentimiento tan maravilloso en algún hombre.

—Creí entender que había dejado atrás los cuentos de hadas, milady —añadió con cierta tensión. La conversación no iba como él había previsto.

—Y así es. Sé que no todo será perfecto cuando entregue mi corazón, pero no quiero renunciar a un amor profundo, sincero y real. Debo confesarle una confidencia un tanto delicada. El año pasado un pretendiente muy correcto logró captar mi atención. Parecía afecto, y lo que traía era una deuda. Un amigo común me advirtió a tiempo y corté la relación antes incluso de que empezara. Él me llamó orgullosa. Me llamó ingrata. Dijo que todos los que se acercasen a mí lo harían por algún motivo oculto.

—Debo apuntar que no me interesa su dote.

—No. Sé que no. Lo que trato de decirle es que quiero… necesito… —suspiró.

—Amor —la ayudó él.

—Sí.

Edmund dio un paso hasta ella. No tenía intención de intimidarla, solo necesitaba su proximidad. Margaret no retrocedió. No le tenía miedo.

—El amor no nace de un día para otro. Se tiene que cultivar y necesita paciencia para crecer.

El candelabro arrojaba una luz franca, amarilla, que hacía brillar los ojos de Margaret y dibujaba una línea nítida en la mandíbula del duque. En esos instantes, ambos comprendieron que estaban muy cerca el uno del otro. Sería escandaloso que los sorprendiesen.

—Aylesford… ¿puede amar con intensidad a una mujer? —se atrevió a preguntar.

—No use mi título. Edmund. Me llamo Edmund. Y para hacer una pregunta tan crucial debe llamarme por mi nombre de pila. Y formule correctamente la pregunta. Si ha tenido la valentía para lanzarla, hágala justo con lo que pretende averiguar. No la generalice —le recomendó.

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Podrías llegar a amarme, Edmund?

La respuesta de él fue quitarse los guantes y arrojarlos al suelo. Le pasó la yema de un dedo para dibujar el contorno de su rostro. Ella sintió la caricia como si fuese el cielo y la permitió con gran gozo.

Se acercó a su oreja y le dio un ligero beso para después sostener el lóbulo entre los labios.

—Me gustas más de lo recomendable —cambió a la informalidad—. Desde que te coloqué las manos encima en aquel mercado navideño supe que tendría problemas para olvidar lo que me causaba tu cercanía. No soy ningún príncipe, Margaret, soy un

duque que a veces puede ser bastante implacable. No entiendo de amor más allá del fraternal que me despierta Helen, pero lo que me has hecho es algo para lo que no estaba preparado.

La frase se quedó en el aire, sin exigencia. Margaret le sostuvo la mirada un segundo más. Sabía de sí misma lo bastante como para no disfrazarse de ambigüedad. Se puso de puntillas y buscó los labios de él. Dejó la boca pegada a la de Edmund. Luego se apartó para poder observar su reacción.

—¿Qué ha sido eso, Margaret?

—¿Tengo que explicártelo?

—Prueba a ver —le dijo.

—Un beso, Edmund. Te he besado. ¿Nunca te habían dado un beso? —preguntó sin ser consciente de lo ridícula que podría ser la cuestión.

—Ay, Margaret. No, no me has besado. Yo te mostraré lo que es besar de verdad.

Edmund se inclinó hacia ella con la misma decisión serena con la que hacía todo lo importante. Sus labios se encontraron a medio camino porque Margaret no pensaba quedarse quieta.

El primer contacto fue suave. Margaret notó cómo él la besaba despacio, probándola, como

si quisiera memorizarla desde el principio. Ella le respondió abriendo la boca un poco más, animándole sin palabras. Edmund soltó un suspiro bajo, casi sorprendido de sí mismo, y la mano que había mantenido en el aire se posó por fin en la cintura femenina.

No la apretó aún. Solo la sostenía bien cerca.

Margaret quería más. El modo en el que él la besaba era excitante. Nuevo. Nadie la había saqueado de esa forma y era maravillosamente embriagador.

Se alzó sobre la punta de los pies y pegó su cuerpo al de él; percibió el calor que le atravesaba la chaqueta. Sus labios se separaron apenas lo justo para que él le rozara la boca de nuevo, más profundo. Margaret aceptó esa invitación con una respuesta inmediata, y él dejó que la dama sintiese la virilidad en su centro del placer.

Margaret notó la dureza de él contra su feminidad. Y eso, lejos de asustarla, le dio una seguridad feroz.

La lengua de Edmund rozaba la suya sin descanso. Fue primero una caricia tímida, exploratoria. Margaret le respondió enseguida, buscándole con la suya, sin vergüenza. El cambio en él fue físico. Se tensó y se ablandó a la vez. Su mano en la cintura se cerró un poco más, su pecho se pegó al de ella, y el beso dejó de ser un tanteo delicado

para volverse una especie de hambre compartida. Parecía que deseaban fundirse el uno con el otro.

Se besaban como dos personas que se habían contenido durante demasiado tiempo. Edmund profundizó sin brusquedad, con una paciencia ardiente que lo tenía al límite. Margaret no se quedaba atrás. Lo siguió, lo buscó y animó hasta el punto de sostenerlo de la nuca para mantenerlo cerca. Cuando él se apartaba una fracción para coger aire, ella lo alcanzaba de nuevo, le robaba otro beso, y Edmund respondía con un sonido bajo, ronco, que no parecía pertenecerle a un duque, sino a un hombre lleno de necesidad.

El mundo desapareció.

La reputación, los periódicos, la sociedad, todo se apagó. Solo existía el calor de su boca y la certeza de que aquello no era cortesía navideña ni casualidad del muérdago. Era voluntad. Mutua. Consciente.

Edmund la inclinó un poco hacia la pared, despacio, sin encerrarla, dejándole siempre el camino libre. Margaret se apoyó contra la madera y tiró suavemente de él hacia sí, como si quisiera comérselo por completo. Sus labios se movían juntos con una sincronía que no habían ensayado y aun así parecía inevitable. Ella le mordió el labio inferior, apenas, una osadía pequeña. Edmund respondió igual, con un gesto más experimentado y lascivo, pero cargado de promesa.

Margaret sintió la risa dentro de la garganta y, al mismo tiempo, algo muy parecido a un nudo feliz.

Cuando se separaron por fin fue porque el aire se volvió una exigencia vulgar. No porque quisieran.

Edmund apoyó la frente en la de ella. Tenía los ojos oscuros, brillantes, como si se hubiese permitido sentir por primera vez sin pedir perdón.

—No entiendo de amor todavía, pero sé lo que es el deseo. Te deseo, Margaret, con la misma intensidad que tú a mí.

La dama respiraba deprisa. Sentía sus labios hinchados por los besos y sus manos seguían sobre la nuca de Edmund.

—Estoy conmocionada, no puedo negarlo. No sabía que un hombre tan pulido por el deber pudiese hacer… eso.

Él le sonrió por el cumplido.

—¿Qué he hecho?

—Volverme completamente loca.

—Bien. Es un inicio.

—Quiero volver a besarte —le dijo ella con audacia.

—No debemos. Tengo disciplina, pero no sé hasta qué punto puedes romperla… —advirtió él. Le rozó la mejilla con los nudillos, como si quisiera cerciorarse de que era real.

Margaret lo miró, y el orgullo femenino le subió hasta el alma.

—No deberías haberme mostrado lo que podemos ser.

—¿Por qué no?

—Porque no podré dejar de pensar en esto, Edmund. ¿Qué clase de dama seré si me paso el resto del día recreando este maravilloso beso?

—Una que sabe que también me desea. Te ordeno que no te prives de tal pensamiento. Y si vas a hacer mañana como que este beso entre nosotros no ha existido, te apremio también a que me lo digas ahora mismo.

—¿Y negar que me ha sucedido lo más maravilloso hasta la fecha? Soy una insensata por lo que acabo de consentir, pero no estúpida, Edmund.

—De acuerdo. Vete antes de que decida que no quiero contenerme, Margaret. Necesitamos aclarar las ideas.

Edmund la besó otra vez, de modo más breve, más tierno. Un cierre con una promesa clara. Cuando se apartó, no lo hizo solo para poner

distancia, sino también como una precaución. Además, también fue como si acabaran de decidir algo que ninguno estaba dispuesto a reconocer todavía.

Y Margaret, por primera vez en semanas, dejó de sentirse oprimida para abrazar la libertad que él le acababa de dar.

Porque aquel beso no se lo había impuesto nadie. Lo habían elegido los dos.

El duque se apartó y ella salió a toda prisa, porque tampoco se fiaba de sí misma. La observó mientras se marchaba con una sonrisa en los labios.

Esa mujer acababa de dar al traste con todas sus ideas y estilo de vida.

Peligrosa.

Ella era más peligrosa que cualquier enemigo que pudiese tener.

Al duque no le dio casi tiempo a recomponerse. A paso ligero llegaba desde la esquina lady Helen, quien portaba la expresión de alguien consternado.

—¿Qué ocurre, hermana? Lady Margaret ha ido en tu busca a la sala de…

Helen se veía lívida.

—Hay novedades en Fleet Street —explicó—. De un taller de caricaturas. Anuncian una lámina titulada *El Duque del Muérdago* para venderla en los puestos antes de la Nochebuena. He conseguido ver el boceto por cortesía del impresor que me debe un favor. Es… ingenioso, por decirlo de alguna manera.

—¿Cruel? —preguntó su hermano.

—Lo bastante para que media ciudad se divierta con la ocurrencia y la otra media finja fealdad —admitió Helen—. He venido a decírtelo porque se venderán muy deprisa y prefería que lo supieses por mí y no por un viandante.

Edmund recibió la noticia sin pestañear. El primer impulso —mandar a alguien a comprar cada ejemplar y quemarlos— pasó como un relámpago que se veía pero no hería la tierra.

—Tengo que hacer el anuncio, pero es demasiado pronto —musitó para sí mismo. Margaret no estaba preparada para aceptarlo.

¡Ni tan siquiera había podido disfrutar del beso como Dios mandaba! ¿La ciudad no tenía nada mejor que hacer que meterse en asuntos que no le concernían?

—¿Edmund?

—¡Maldito muérdago, malditos periódicos y malditos caricaturistas! —explotó, para luego salir a toda prisa en dirección a su despacho.

La mañana siguiente traería láminas en los puestos y carcajadas en las esquinas. Él lo sabía.

Capítulo 5

La respuesta de un hombre

El 22 de diciembre amaneció con nieve fatigada, pisoteada por ruedas y botas hasta haberse vuelto una papilla gris. A esa hora, Fleet Street ya había desplegado su mercancía como quien tendía la ropa al viento. Hojas húmedas, tinta reciente y risas sobre cierto duque era lo que abundaba en la ciudad. La lámina anunciada se vendía a penique la pieza. *El Duque del Muérdago*, con Edmund caricaturizado bajo una rama descomunal, y los labios tiesos, y, junto a él, una dama anónima con rasgos sospechosamente semejantes a los de Margaret, dibujada con una sonrisa de cazadora que jamás había usado.

Henry irrumpió en el comedor con dos ejemplares arrugados en la mano.

—¡Infames! —dijo, al tiempo que golpeaba la mesa—. Saldré a comprarlas todas y las

quemaré en el patio.

La condesa de Working apenas levantó las cejas.

—Si las compras, pagan la próxima tirada —observó—. Mantén los peniques en el bolsillo y la dignidad intacta.

Margaret cogió una de las hojas. No apartó la vista. El dibujante había dotado al muérdago de colmillos. A Edmund le había añadido un bastón que nunca llevaba. A ella, un gesto que no era suyo.

—No soy yo —dijo con calma—. Es un disfraz.

—El problema —replicó Henry— es que los disfraces entretienen más que la gente verdadera. Déjame al menos ir a Fleet Street a pedir que retiren…

—No. —Margaret tocó la muñeca de su hermano—. Si alzas la voz, dibujarán tu grito. Si empujas, dibujarán otra cosa. No tienes que hacer nada.

Henry apretó los labios, vencido por un argumento que su orgullo entendía. La condesa, que había visto otras guerras más finas, le colocó una mano en el hombro de su hijo.

—Obedece a tu hermana. Esto se arreglará.

Su madre y su hermano la dejaron sola en el comedor. Ella cogió una de las hojas que había traído Henry a casa y la volvió a observar con atención.

Edmund no tenía los labios tiesos ni los ojos desorbitados como mostraba el dibujo. Los había sentido contra los suyos, firmes y calientes, y había visto de cerca esa mirada que no titubeaba nunca, ni siquiera cuando su boca buscó la de ella en un pasillo mal iluminado. El caricaturista había trazado un muñeco rígido, preso de una rama que lo dominaba desde arriba. Margaret sabía que no era así. Él no se había comportado como un hombre atrapado, sino como alguien que tomaba una decisión, que la había sostenido contra la pared con un control feroz y una dulzura que la había dejado sin aliento.

Mientras sus dedos recorrían el borde del papel, fue evocando cada detalle del beso. Recordó el roce de los nudillos de Edmund en su mejilla, el modo en que se había quitado el guante como si aquello fuese lo más natural del mundo, el peso de su cuerpo protegiéndola de todo lo demás. Ni la tinta ni las risas de una taberna podían borrar la certeza que había sentido cuando él le habló de su deseo. Edmund le había dicho que sabía lo que hacía, y ella, que siempre analizaba cada situación, había aceptado creerle. Podían reírse, inventar colmillos y dibujarle un bastón que jamás llevaba, incluso multiplicar su supuesta torpeza bajo cuantas ramas de muérdago encontrasen. Al final, verían lo que importaba de

verdad: un hombre demasiado serio para dejar que otro decidiese por él, y una mujer que se descubría dispuesta a confiar en que Edmund la sacaría del barro sin arrastrarla con él.

Lo que ese duque le provocaba era algo serio y fuerte. ¿Amor? No lo sabía, pero no se quedaría sin averiguarlo.

***

En el Club de Caballeros White's, la sala de lectura estaba animada. Edmund cruzó el umbral con la cara que ponía cuando una cuenta no cuadraba y el administrador le ofrecía excusas. Algunos socios levantaron la vista; uno, lord Fenton —viejo, ancho de hombros y con más moral en público que en privado—, se acercó con paso de patriarca.

—Aylesford —lo saludó—. ¿Has visto las láminas que corren por la ciudad? Groseras, sin duda. Hay cosas que un hombre puede cortar de raíz, por eso pensé que serías capaz de evitarte el ultraje.

—Es Navidad, hay que tener sentido del humor. Además, no compro en los puestos de Fleet Street —replicó Edmund.

—Yo hablaba de otro asunto. —Fenton bajó la voz—. En situaciones así, se hace una de dos: o confirmas la intención y proteges a la dama con la velocidad del rayo, o niegas con la misma contundencia antes de mediodía. Todo lo demás es un juego de tahúres —lo sermoneó.

Otro caballero —de lengua fácil y memoria corta— terció con un trazo de amigo:

—A la dama afectada le conviene claridad, Aylesford. Es ingeniosa, pero la ciudad es cruel con las ingeniosas.

Una risa al fondo, mal contenida, añadió:

—Dicen que no es la primera vez que alguien la pone en un compromiso…

Edmund giró la cabeza con frialdad. No subió la voz. Habló con una nitidez cortante.

—Basta. Diré su nombre porque nada tiene la dama que esconder. Lady Margaret —la nombró con orgullo— es honesta como pocos en esta sala. Y quien insinúe lo contrario sabrá de lo que es capaz un duque cuando se le irrita. Si alguien quiere reunirse con el Creador ahora mismo, que diga una sola cosa más sobre ella y le concederé su deseo.

Hubo un silencio breve. Fenton asintió, satisfecho con la respuesta y de su propio papel. Era uno de los amigos íntimos del padre de Margaret. El duque ya lo sabía.

—Entonces ya lo has dicho todo —resumió—. Me alegra saber que hay honor en ti, muchacho —siguió con amabilidad.

Edmund salió del club con la idea clara de que tenía que proponerle matrimonio a la dama

cuanto antes. Su instinto, que aborrecía la falsedad, sabía que era la decisión correcta. Más allá de proteger la reputación de una mujer inocente, sabía que podrían tener un buen matrimonio.

El duque había descubierto que desear a una mujer no se parecía en nada a lo que recordaba de sus años más imprudentes. Lo que sentía por Margaret no era un capricho ardiente destinado a apagarse con el primer cubo de agua fría de la prudencia, sino una llama que se alimentaba tanto de su boca como de sus palabras, de su mente tanto como de su figura. Cada vez que la recordaba, no pensaba solo en el calor de su cuerpo contra el suyo, sino en la claridad con la que defendía lo justo, en la calma con la que lo había mirado para exigirle amor. Oh, sí. Ella había dejado muy claro lo que esperaría de un matrimonio con él. La deseaba con una intensidad que rozaba lo insoportable, sí, pero ese deseo se anclaba en algo mucho más profundo que la fascinación por un cuerpo de pecado y un rostro más que adecuado. Era bonita. ¿Alguna vez pensó que la dama era simple? No. No lo era en absoluto.

Sabía también que Margaret estaba hecha para una existencia más grande que la de ser un simple ornamento en un salón. Su sentido del deber encajaba con el suyo con una precisión que casi le asustaba. Había visto cómo organizaba las veladas de caridad, cómo recordaba nombres y necesidades, cómo hablaba con el reverendo como si el mundo entero dependiese de que las familias necesitadas recibieran carbón y alimento a tiempo. Eso era lo que necesitaba un hombre como él: una duquesa que no se dejase intimidar por la

maledicencia y centrase su atención en lo que de verdad importaba, alguien capaz de discutir con él sobre presupuestos y, minutos después, arrodillarse sin reparos para ajustarle la bufanda de un niño harapiento. En Margaret intuía esa mezcla de firmeza y compasión que convertiría su título en algo más que una línea en el Morning Chronicle.

Mientras la ciudad se reía del *Duque del Muérdago*, Edmund tenía la certeza de que nadie comprendía qué estaba en juego para él. No se trataba solo de proteger la reputación de una dama, ni de cerrarle la boca a los caricaturistas. Se trataba de decidir si se atrevía a reclamar a la única mujer a la que había deseado con el cuerpo y el alma, y aceptarla sería admitir que Margaret se convertiría en la dueña de su casa y de su futuro. Estaba seguro de que estaría a la altura del cargo, quizá incluso más que él. La duda residía en otra parte: si él sería capaz de estar a la altura de ella.

Así que minutos después se encontró manteniendo una reunión para la que no sabía si estaba preparado.

—Su Gracia. —El conde de Working se levantó tras el escritorio y le hizo una ligera reverencia—. Me temo que la ciudad se está entreteniendo a su costa.

El padre de Margaret lo miraba con cierta irritación. El duque lo entendía perfectamente.

—Y a costa de su hija, milord —replicó Edmund, al tiempo que entraba del todo en el

despacho—. Razón de más para que hablemos con franqueza.

El conde señaló una butaca junto al fuego.

—Siéntese, se lo ruego. ¿Puedo ofrecerle un brandy?

—Después, quizá. Prefiero que mi cabeza esté clara para lo que voy a decir.

Working asintió, serio.

—Entonces le escucho. Supongo que se trata de Fleet Street, del Morning Chronicle… y de Margaret.

—Se trata de todo ello —confirmó Edmund—. No voy a fingir que la caricatura me ha parecido divertida. No lo es. Pero tampoco he venido a exigir reparaciones, ni a quejarme de la ligereza de la pluma londinense. Vengo a hablarle de su hija.

—Me temía algo así —murmuró el conde —. Ha quedado… expuesta. No por su culpa, pero expuesta al fin y al cabo. Si decide retirarse, lo comprenderé. No le reprocharé nada. Soy consciente de que la situación es incómoda para un hombre en su posición.

Edmund negó con calma.

—No he venido a retirarme, milord. Si ese hubiese sido mi propósito, le habría escrito una nota y se habría ahorrado verme la cara. No soy tan cobarde.

Una sombra de alivio cruzó el rostro del conde.

—Entonces…

—Pretendo casarme con su hija —dijo Edmund, sin rodeos—. Si ella acepta.

Hubo un breve silencio. Working apoyó las manos en el reposabrazos de la silla, como si necesitase algo sólido bajo los dedos.

—No dudo de su honor, Su Gracia. De hecho, tenía la seguridad de que pronunciaría esas palabras tarde o temprano. Pero me sorprende que añada esa última condición sobre si ella lo acepta. No todos los caballeros se molestarían en señalarlo.

—Soy muy consciente de que podría ahorrármela —repuso Edmund, con una media sonrisa sin humor—. La ciudad entera supone que estoy obligado. Bastaría con presentarme en este despacho, anunciar que la reputación de lady Margaret me impone un deber, y usted se vería en la necesidad de agradecerlo con solemnidad. Sería sencillo, limpio, correcto. Y profundamente injusto para ella.

El conde lo observó con atención.

—Explíquese.

—Su hija se encuentra en una posición delicada, sí. Pero no es culpable de nada. No planeó la existencia del muérdago ni el viento en Covent Garden, ni la torpeza de un invitado en su velada, ni la imaginación malsana del caricaturista. Si decido casarme con ella y ya lo he decidido, deseo que quede muy claro que lo hago porque la quiero a mi lado. No porque la ciudad haya dictado sentencia.

—Entiendo —dijo Working despacio, aunque en realidad había cosas que él había dicho y que el padre de Margaret no había comprendido del todo. Se concentró en lo importante y añadió—: Teme que Margaret sienta que la toma en consideración solo por obligación.

—Lo temo porque ya me lo ha dejado entrever —admitió Edmund—. Tiene un talento especial para detectar trampas, incluso donde no las hay. Detesta la idea de ser una cazadora de un título. Y créame, milord, nada la heriría más que pensar que la he escogido para salvarla de un escándalo. Preferirá soportar los dibujos de Fleet Street a soportar esa sospecha.

El conde dejó escapar un suspiro.

—Por desgracia, la entiendo mejor de lo que quisiera. He visto a demasiadas muchachas convertidas en mártires del deber. Usted no desea que Margaret se sienta así.

—No, no lo deseo —confirmó Edmund—. Quiero que, cuando le pida que sea mi esposa, sepa que podría decir que no. Que tenga la certeza de que no estoy escondido detrás de su reputación como un cobarde. Y, además… —se aclaró la garganta, incómodo— me han hecho notar que las mujeres valoran ciertas… atenciones.

Working alzó una ceja, divertido.

—¿Se refiere al romance, Su Gracia?

Edmund se removió en la butaca.

—Supongo que sí. Flores, palabras y algún gesto que no figure en los manuales de contabilidad. Lo crea o no, mi propia hermana me insistió en que no bastaría con acudir a su casa con un rostro respetable y un título antiguo cuando todo este asunto estalló. —No mentía. Helen ya le había advertido que tendría que tomar una decisión y que sería mejor ser un buen pretendiente y no solo un duque práctico.

—Lady Helen es una joven sensata —concedió el conde, sin poder contener una sonrisa—. Y, en este punto, tiene mucha razón. Margaret tiene un corazón muy grande bajo toda esa sensatez. No se conformará con una firma en la iglesia. Mi hija desea casarse por amor. He tenido a otros caballeros respetables sentados donde está usted, y ella los mandó a paseo porque aseguraba que no podría ser feliz con ellos. Figúrese la desdicha de mi condesa porque considera que mi hija me tiene preso de algún hechizo.

—Me lo imaginaba —dijo Edmund en voz baja—. Por eso he venido a pedirle… tiempo. Poco, lo prometo. Días, más que semanas. Quiero cortejarla, aunque sea de manera breve. Quiero que todo esto no se convierta en una rendición, sino en una elección.

—¿Y qué tendría que hacer yo durante ese tiempo? —preguntó Working—. Porque la ciudad no va a guardar silencio a la espera de que Su Gracia descubra su vena romántica. Ya le he dicho que me preocupo por mi hija y su felicidad, pero no me desharé de un duque con facilidad. ¿Me entiende?

—Quisiera pedirle que no la presione —respondió Edmund—. Que no le hable de obligaciones, ni de honor, ni de sacrificios por la familia. Si le presenta el matrimonio conmigo como una forma de reparar un daño, Margaret levantará murallas que ni mi título ni mi apellido podrán derribar. Déjeme ser yo quien le hable. A mi manera. Ya le he dado mi palabra de que el asunto está solucionado, no pienso irme a ninguna parte.

—¿Y cuál es su manera, Su Gracia? —Working se inclinó hacia adelante—. Perdone la franqueza, pero tiene fama de ser un hombre más dado a las listas de gastos que a las declaraciones apasionadas.

Edmund apretó apenas los labios, consciente de que esa observación era justa.

—Mi manera consiste en decirle la verdad. ¿Está seguro de que como padre quiere

escuchar mis razones?

—Sí —afirmó el conde de inmediato.

—La deseo con todo mi ser. La respeto. He visto cómo trata a los más humildes y eso me ha hecho pensar que sería una duquesa mejor de la que yo merezco. Y que, si acepta, haré cuanto esté en mi mano para que no tenga que arrepentirse. No sé si eso cuenta como romanticismo, pero es lo único que sé ofrecer sin mentir.

El conde lo miró durante un largo rato, como si sopesara cada palabra.

—Le sorprendería lo efectivo que puede ser un hombre honesto en un mundo lleno de adornos vacíos —dijo al fin—. Margaret aprecia la franqueza. Aunque, si me permite un consejo, añada alguna flor al conjunto. Metafórica o literal. Las mujeres también valoran que alguien se haya tomado la molestia de pensar en un detalle solo para ellas.

—Tomo nota —repuso Edmund, con cierta ironía—. Procuraré que la dama sepa cuán apreciada es para mí.

Working dejó escapar una risa breve. Él también tuvo que luchar por la madre de Margaret. Las mujeres eran muy complicadas.

—Entonces, resumamos. Usted pretende casarse con mi hija, pero no quiere que sienta que es solo por el escándalo. Quiere que tenga la posibilidad

real de negarse, aunque todo Londres suponga que no tiene elección. Y mientras tanto, la cortejará.

—Exactamente —asintió Edmund—. Por mi parte, guardaré silencio ante la prensa. No negaré ni confirmaré nada. Solo le pido que usted haga lo mismo.

—En cuanto a Fleet Street… —el conde frunció el ceño—, no sé cuánto podremos contener la marea. Habrá nuevas láminas, nuevas bromas.

—Lo sé —dijo Edmund—. Estoy acostumbrado a soportar burlas menores. Han caricaturizado a mis antepasados con narices imposibles y pelucas ridículas. Sobrevivieron. Yo también lo haré. Lo único que me preocupa de verdad es que Margaret piense que la tomo a la ligera. No permitiré que esa maldita rama de muérdago dicte mi vida ni la suya.

—Hablando así —señaló Working—, casi suena como si estuviera… enamorado.

Edmund le sostuvo la mirada al conde sin apartarla.

—No estoy seguro del verdadero significado de esa palabra —contestó—. Pero no tendré miedo si me acerco peligrosamente a ella. Y no pienso dar un paso atrás.

El conde apoyó ambas manos en la mesa del escritorio y se levantó.

—Muy bien, Su Gracia. Tiene mi permiso para cortejar a mi hija a su modo. No le hablaré de deberes ni la empujaré hacia ningún altar. Pero le advierto de algo: si la hiere, esto será la guerra; tendrá que vérselas conmigo. De hombre a hombre. Me importa poco que tenga más rango que el mío porque será en calidad de padre, y no de conde.

—Es un aviso justo —repuso Edmund, poniéndose también en pie—. Le doy mi palabra de que no será necesario presentar batalla. Si lady Margaret me rechaza, asumiré su decisión sin una sola queja pública. Si me acepta, le dedicaré el resto de mi vida a demostrar que tenía razón al hacerlo.

Working lo miró de arriba abajo, como si quisiera descubrir grietas en esa resolución. No encontró ninguna.

—En ese caso, Su Gracia, creo que debo darle un consejo más. Mi hija estará ahora mismo en el salón, fingiendo leer mientras decide si rompe el periódico en pedazos o lo guarda como recordatorio. No le aconsejo que la busque, pero si pretende comenzar su cortejo, le sugiero que no la haga esperar demasiado. Esta noche mi esposa me obliga a ir al baile de la vizcondesa Essex. Le recomiendo dejarse ver por allí y comenzar a desplegar todo su encanto.

En los labios de Edmund asomó una sonrisa casi auténtica.

—Nos veremos allí pues, milord. He pasado demasiados años atendiendo obligaciones

importantes; supongo que es hora de atender, por una vez, las mías propias.

Capítulo 6

Un baile decisivo

El salón resplandecía de luz y dorados. Margaret se encontraba junto a una de las ventanas, con el abanico cerrado entre los dedos, cuando vio acercarse a lord Carlyle abriéndose paso entre los grupos como si el suelo le perteneciera. El corazón se le encogió un instante. Hacía meses que no lo veía y habría preferido que esa racha se prolongase hasta el fin de sus días. ¿Por qué seguía teniendo tanto poder sobre ella después del modo tan infame con el que se había comportado? Todavía podía verlo delante de ella mientras admitía que su dote había sido una poderosa razón para tenerla en cuenta.

—Lady Margaret —la saludó con una inclinación y una sonrisa impecable—. Me felicito de encontrarla tan… en auge.

Ella apretó un poco el abanico. A su alrededor sonaba el anuncio de la siguiente

contradanza, las parejas se estaban formando con el orden que imponían el maestro de ceremonias y la costumbre.

—Buenas noches, lord Carlyle.

—¿Me otorgará el honor de esta danza? —alargó el brazo, con un brillo en los ojos que no tenía nada de amable—. Me temo que, si no me apresuro, el duque de Aylesford la acaparará.

Margaret sintió el calor subirle a las mejillas. Había miradas en torno a ellos, ociosas y curiosas. Negarse sin una excusa razonable habría dado más alimento al salón que cualquier bandeja de pasteles.

—Sería descortés por mi parte negarme —respondió—. Esta contradanza, entonces.

Depositó la mano enguantada en el brazo de él y se dejó conducir al centro del salón. Se colocaron en la fila, frente a otra pareja. El murmullo de seda y el roce de los zapatos sobre el mármol del suelo llenaban el espacio mientras el violín afinaba las primeras notas.

—Qué encantador resulta comprobar que el buen gusto de Londres se mantiene firme —comentó lord Carlyle, en cuanto comenzaron a avanzar en paralelo—. Primero una de las dotes más apetecibles de la historia y ahora la posible pareja de un duque. No pierde usted el tiempo.

—Pensaba que hablábamos de buen gusto, no de contabilidad —replicó Margaret sin mirarle, mientras giraban y cambiaban de pareja para volver a encontrarse.

—Vamos, milady, no finja conmigo —insistió él, con un deje de risa en la voz—. Nos conocemos lo bastante como para prescindir de subterfugios. Ahora comprendo el motivo por el que se negó a aceptarme. Según los periódicos, parece que su puntería ha mejorado. Un duque del todo, ni siquiera un simple marqués. ¿Cómo iba a competir un vizconde con ese título? La jugada le ha salido bien —le recriminó.

Ella alzó la mirada y la clavó en la suya al cruzarse. Sonrió apenas, con una cortesía helada.

—Lo que usted recuerda, lord Carlyle, no es lo mismo que yo. Ya le dije una vez que no me casaría si no veía que valía la pena hacerlo. Usted pensó que se declararía y sería el vencedor. Me redujo a una cifra y por eso fue por lo que no lo acepté. Mala memoria tiene si lo recuerda de otro modo. No me casaría ni con un príncipe si mi corazón no estuviese empeñado. Se equivocó entonces y vuelve a equivocarse ahora.

Él la llevó de la mano hasta el extremo de la línea y ambos se separaron con media vuelta, obedeciendo al patrón de la danza.

—¿De veras? —murmuró desde el otro extremo—. Creí entenderlo bastante bien cuando su padre habló de su porvenir económico con tanto

detalle. Y créame, esta noche todos comentan que lady Margaret Fairchild no se conformará con menos que un ducado. El muérdago, los periódicos, las caricaturas… Podría decirse que ha sabido aprovechar sus oportunidades. Lo ha cazado, eso es innegable.

Ella regresó al centro, enlazó sus manos con las de él según marcaba la danza y se inclinó ligeramente.

—Lo que esta noche comentan es lo que siempre comenta la gente cuando se aburre —contestó en voz baja—. Y en cuanto a aprovechar oportunidades, no soy yo quien se presentó en mi casa a suplicarme que intercediera ante mi padre por un aumento de mi dote, alegando inversiones desafortunadas. Ni aunque usted hubiese sido un duque lo habría aceptado.

Los dedos de lord Carlyle se tensaron apenas antes de soltarse para girar con la siguiente pareja. Cuando volvió a ella, la sonrisa se había estrechado.

—Era una conversación privada —dijo, con frialdad—. Ha sido usted indiscreta, milady. Y desagradecida. A fin de cuentas, estuve dispuesto a ofrecerle mi protección cuando ya no era tan joven.

—Estuvo dispuesto a vendérmela —lo corrigió Margaret—. Demostró que su afecto podía contarse en guineas. Le aseguro que no lo he echado de menos y que no me arrepiento de haber sido cauta.

Avanzaron de nuevo, iban de la mano con toda la fila de bailarines, y regresaron a su sitio inicial. La música aumentó un punto de velocidad. Él se inclinó hacia ella en el momento en que se separaban de los demás.

—Quizá cambie de opinión cuando el duque se canse de la broma —susurró—. Los hombres de su clase pueden permitirse muchos caprichos navideños. Si al final Su Gracia decide que prefiere una esposa menos… comprometida, puedo ofrecerme de nuevo. Con algunas garantías añadidas, por supuesto. Un aumento en la cantidad inicial de la dote podría compensar ciertos… inconvenientes.

Margaret sintió una punzada de indignación tan clara que la ayudó a mantener la voz firme.

—Le agradezco su franqueza —replicó—. Me confirma una vez más que no me equivoqué al rechazarle. No volveré a considerarle, ni como esposo ni como amigo. Y, por si le queda alguna duda, le aseguro que prefiero quedarme soltera a compartir mi mesa con un hombre que negocia la deshonra de una dama como si hablara del precio de un caballo.

El baile exigía que ambos se separasen para formar un arco con los brazos y dejar pasar a la pareja que encabezaba la fila. Mientras lo hacían, él intentó recuperar el tono ligero.

—Es usted dura en sus juicios, milady. Tal vez esa sea la razón por la que nadie ha logrado aún…

—No complete la frase —lo interrumpió ella, sin levantar la voz—. No le conviene.

Se volvieron a unir, mano con mano, para el último giro antes de concluir la contradanza. Margaret le sostuvo la mirada al vizconde Carlyle con una serenidad que no sentía, pero que sabía que era necesaria.

—Le deseo una buena noche, milord —dijo cuando la música terminó y los aplausos llenaron el salón—. Y, si me permite un consejo, la próxima vez que escuche rumores sobre una dama, recuerde que no todas están tan necesitadas como para aceptar cualquier trato.

Hizo una reverencia correcta, ni un ápice más profunda de lo exigido por la etiqueta, y se alejó antes de que él pudiese responder. Sentía las mejillas encendidas y el corazón acelerado, aunque no por la danza. Mientras avanzaba entre las parejas, tuvo la incómoda certeza de que más de un par de ojos había seguido aquella contradanza con más interés del que merecía la música. Y, por encima de todos, se preguntó qué opinaría cierto duque de aquella conversación.

Y no se equivocaba. Edmund se sentía extrañamente posesivo con ella. La había visto salir a bailar con un petimetre que tenía encantada a más de una dama del salón debido a su físico perfecto. Los celos le ardían y era complicado manejarlos sin quedar en evidencia. Oh, sí. Le hubiese gustado darle un puñetazo. Él, que era el epítome de la paz, había sentido un impulso irrefrenable de aplastarle la nariz

a ese hombre que había osado tocar a la que confiaba que sería su duquesa. No hizo nada al respecto porque Margaret no se veía complacida con su pareja de baile. Edmund la percibía severa e inquieta y hubiese dado cualquier cosa por saber de qué hablaban.

La vio salir hacia el jardín y no perdió más el tiempo. Se marchó tras sus pasos.

***

El aire del jardín la recibió como un cubo de agua fría. Margaret descendió los pocos escalones de piedra que separaban la galería del césped y se internó entre los arbustos recortados, allí donde las linternas colgadas en los postes de hierro proyectaban círculos de luz temblorosa sobre la grava. El murmullo del salón llegaba amortiguado: risas, el zumbido de las conversaciones y el eco distante de la orquesta. Necesitaba huir de la realidad.

Apretó el abanico cerrado contra su pecho. Las palabras del vizconde Carlyle se le repetían en la cabeza con la obstinación de un estribillo desagradable. «Capricho navideño. Broma. Cansarse de usted». Había respondido con firmeza en la pista de baile, pero la bilis seguía subiendo despacio por la garganta, igual que el frío por el dobladillo de su falda.

—Lady Margaret.

Se volvió. El duque de Aylesford estaba a su espalda. Durante un instante, solo lo miró; aquel hombre no tenía nada que ver con el muñeco del *Duque del Muérdago*, ni con la caricatura cruel que Carlyle había dibujado con sus palabras.

—Su Gracia —dijo ella, cuando él llegó hasta su lado.

—Creí que tal vez desearía no estar sola —respondió—. Y que quizá… —la estudió con atención— quizá necesitaría que alguien hiciera callar a cierto vizconde.

Margaret alzó la barbilla. ¿Había sido tan evidente para todo el mundo? La rabia la embargó.

—No necesito campeones. Me las arreglo muy bien sola.

—No dudo de que así sea —admitió con suavidad—. No obstante, estaba preparado para declarar la contradanza terminada a la mitad. Su incomodidad era evidente. ¿Debí haber intervenido, milady?

Se relajó de pronto. Él le daba seguridad.

—Habría provocado un escándalo, Aylesford.

—Y sin embargo, no descarto que hubiese disfrutado cada segundo —murmuró—. ¿Le

ha dicho algo que no deba soportar sola?

Ella dudó. El aliento de Edmund formaba pequeñas nubes blancas entre ambos. Bastaba que diera un paso para que la envolviera su calor. Le gustaría tanto salir a su encuentro y que la abrazase…

—No ha hecho más que contar monedas que no le pertenecen —contestó al fin—. Y sugerir que ciertos… caballeros de su rango se cansan pronto de aquello que han tomado por capricho. Nada que vaya a quitarme el sueño.

Edmund se puso rígido.

—¿Ha sugerido que la trato como un capricho?

—En resumen, sí. Y que, cuando usted se canse, estaré tan necesitada que aceptaré cualquier… oferta.

La palabra dejó un sabor metálico en su lengua. Apartó la mirada hacia el seto más cercano. Edmund no habló de inmediato. Cuando lo hizo, su voz salió más grave.

—Debería haberle roto la nariz en mitad del salón.

Ella dejó escapar una pequeña exhalación sorprendida que rozó la risa.

—Eso sí habría sido un capricho navideño digno de una caricatura. Lo siento, no debería haber sido tan franca. Tendría que haberme guardado sus palabras para mí.

—Un pretendiente ofendido no es alguien con quien sea fácil lidiar. Me compadeceré de él por el momento y no desplegaré todo mi poder, porque como duque soy terrible, pero como luchador todavía más.

—No quiero que nadie se pelee por mí. Lo que sucede es que me siento una estúpida por haberle tenido en consideración alguna vez. No merece ni un solo de mis pensamientos, pero hay personas que saben cómo herir.

Edmund se acercó un paso. El crujido de la grava sonó muy claro en la quietud del jardín.

—Mírame, Margaret —cambió a la informalidad.

Obedeció. A la luz de las linternas, sus ojos parecían más oscuros, más profundos. Tanto como los de él.

—Desde que me conoces, solo te he traído problemas. —Ella correspondió a un trato más cercano.

—No soy un hombre de caprichos —dijo —. Lo sabes. Y si alguna vez lo fui, ese tiempo terminó hace mucho. No me he dejado atrapar por ningún muérdago, ni por rumores, ni por plumas

maliciosas. Me he quedado a tu lado porque te deseo y no iré más lejos porque te respeto. Porque no concibo a otra mujer a mi altura… y sobre todo, a la tuya.

La intensidad de esas palabras la golpeó con más fuerza que cualquier insulto de Carlyle. Sintió cómo se le tensaba la garganta.

—La ciudad entera insiste en creer que intento cazarte —musitó—. Y cuando no son desconocidos, son antiguos pretendientes que se atreven a tasar mi vida como si fuera un lote en una subasta.

—La ciudad entera puede irse al demonio —replicó Edmund, sin amago de cortesía—. Eres fuerte. He visto cómo lo enfrentabas sin bajar los ojos. No eres una cazadora; eres una mujer que sabe cuánto vale. Y me alegro de que me exijas estar a la altura. Además…

—¿Qué? —preguntó cuando él se quedó callado.

—¿Y si yo desease que me cazases, Margaret?

Ella le sonrió.

—Supongo que no tendría problemas al respecto.

Edmund alargó la mano y le rozó el pelo a la altura de la sien, un contacto leve que la recorrió entera.

—Cuando te vi bailar con él —prosiguió —, sentí algo muy poco noble. No era preocupación por tu reputación ni temor al qué dirán. Eran celos, Margaret. Celos furiosos. Me habría cambiado por cualquier caballero de la fila con tal de que fuese mi mano la que te condujese por el salón.

Ella se permitió otra pequeña sonrisa.

—Un duque no debería tener celos de nadie.

—Ah, pero los tengo —le confirmó.

—Entonces es necesario advertirte de que no tienes ningún motivo. No he dejado de… de pensar en aquel beso.

—Ni yo tampoco.

El corazón de Margaret le dio un vuelco. Todo el malestar acumulado se mezcló con el recuerdo del beso en el pasillo, con la seguridad de que, en un lugar muy profundo, no había dejado de pensar en él desde entonces. Nadie la había mirado como él; como si cada decisión, cada gesto, fuese importante.

—Edmund…

Su nombre quedó suspendido en el aire helado. Él lo recibió como si fuese una promesa, o una autorización.

—No tengo muérdago que presentar como excusa —dijo en voz baja—. No tengo más que esto.

Sus dedos descendieron de la sien a la mejilla, luego al mentón. La obligó con delicadeza a levantar el rostro. Margaret sintió cómo el frío la abandonaba de golpe, sustituido por un calor intenso que empezaba en el punto exacto donde la tocaba.

—Si deseas que regresemos al salón —añadió—, lo haremos. Pero si no…

No terminó la frase. No era necesario.

Ella lo miró un instante más, buscando cualquier rastro de duda o de obligación. No encontró ninguno. Solo deseo, y una determinación que parecía incluirla en cada latido.

—No quiero volver todavía —susurró.

La sonrisa que asomó en los labios de Edmund fue breve, casi feroz. Bajó la cabeza y la besó.

No hubo cautela al principio. La besó como si por fin se permitiera hacer lo que había retenido desde que se separaron la última vez. Su boca cubrió la de ella con hambre y Margaret

respondió sin pensar, aferrándose a las solapas de su chaqueta para acercarlo más. El olor a almidón limpio, a frío y a algo que ya reconocía como suyo la envolvió al mismo tiempo que el jardín desaparecía.

Edmund inclinó la cabeza, buscando un ángulo mejor, y su mano se deslizó desde el mentón a la nuca, anclándola con firmeza. Sus labios se abrieron al contacto de los de ella, invitándola a profundizar. Margaret sintió un escalofrío delicioso cuando él dejó escapar un leve gemido en su boca, como si no hubiese previsto la fuerza de aquella respuesta.

El mundo quedó reducido al roce de sus cuerpos, al latido desbocado en la base de su garganta. La apretó contra su pecho, sin llegar a olvidarse del corsé ni de las capas de tela, pero lo bastante para que ella notara el temblor en sus brazos. Ella se pegó más, buscando ese calor, agradecida por cada barrera que la decencia imponía y que, sin embargo, no lograba apagar la intensidad del momento.

Cuando al fin se apartaron, respiraban con dificultad. Edmund apoyó la frente en la de ella, aún con la mano en su nuca.

—Dime… —su voz sonó ronca— si algún día ese maldito vizconde vuelve a insinuar que te trato como un capricho. Iré a buscarlo y esa vez no me contendré.

Margaret se rio en un susurro, todavía sin aliento.

—¿Quién puede pensar en ese botarate cuando me regalas tanta dicha, Edmund? ¿Está mal que te llame por tu nombre? —preguntó al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

Él sonrió, y con el pulgar le acarició el labio inferior, hinchado por el beso.

—Llámame como te plazca, Margaret. Me gusta ser Edmund para ti, ya te lo dije una vez y me reafirmo. Me tienes. Más de lo que es saludable para un hombre de mi carácter.

Ella bajó la vista un instante, luego la alzó de nuevo.

—Y yo… —tragó saliva— empiezo a pensar que tampoco estoy en una situación muy prudente.

Los ojos de Edmund brillaron.

—Entonces estamos igual de perdidos —concluyó—. Me tranquiliza la simetría de nuestros caminos.

La besó otra vez, más breve, como para probar que el deseo todavía estaba latente. Después, a regañadientes, aflojó el abrazo.

—Si no volvemos pronto, organizarán una expedición de rescate —murmuró—. Y temo que el primer voluntario sería tu hermano.

—Henry no será ningún obstáculo —admitió Margaret, con una sonrisa.

—¿Y tú, ángel mío? ¿Serás un obstáculo? Dios sabe que quería tiempo para cortejarte debidamente, pero cada vez que te tengo a solas siento el deseo inmenso de besarte. Los besos son peligrosos, porque aunque me jacto de tener honor, haces que me olvide de todo.

—¿Qué propones, Edmund?

—Una boda, ángel mío. Una boda rápida, en Navidad si quieres y a mucho tardar. Te deseo tanto que me vuelves loco. Arderé en el infierno por no poder controlarme, lo sé, pero me da igual. Así de loco estoy por ti. No me censures por mi arrebato de honestidad, sé bien que no es correcto que te hable de un modo tan crudo, aunque me he atrevido a hacerlo porque eres una mujer muy inteligente y confío en que no te ofenderás.

—¿Ofenderme porque has declarado que me deseas tanto que te he vuelto loco por completo? No, mi duque apuesto, eso es un cumplido. ¿Qué hay del amor? —se atrevió a preguntar.

—Cierto —razonó él—. Mi corazón golpea con fuerza cuando estás cerca. Lo mismo he podido constatar que hace el tuyo. No sé si es amor, pero se le parece mucho. ¿Tú qué opinas, ángel mío?

—Creo que estoy loca por ti. Tal vez sea el principio de un amor que espero que crezca fuerte y dure toda la vida. Sí, Edmund, considero que

haremos bien en casarnos pronto si me quieres, porque me has arruinado para el resto de los hombres. No me veo al lado de otro que no seas tú.

—Tus palabras son música para mis oídos. En Navidad. Nos casaremos en Navidad y seremos felices, Margaret. Esa es la promesa que te hago aquí y ahora. Te juro que no te arrepentirás de elegirme, aunque te advierto que he descubierto esta noche que soy un hombre celoso en exceso y si vuelvo a ver a cierto vizconde tratando de molestarte, podría armar un escándalo, justificado por otro lado, pero escándalo al fin y al cabo.

—Te animaré a darle su merecido si ese antiguo pretendiente vuelve a molestarme. Ahora olvidémonos de él, Edmund. Bésame para que quede constancia de que estamos comprometidos.

—Arriesgado. Besarte será una prueba de fuego, pero quién soy yo para negarte tus deseos. Me he propuesto ser el mejor de los esposos y tengo que cumplir con dicha obligación.

Ella cerró los ojos y le ofreció la boca. El duque no necesitó más. La besó con ardor y, solo cuando se dio cuenta de que si no paraba acabaría saqueándola por completo, se refrenó.

No hubo más palabras. Edmund, lleno de satisfacción, le ofreció el brazo. Ella lo aceptó. Mientras regresaban hacia la galería iluminada, uno y otro no podían dejar de recordar el sabor de los besos compartidos. La ciudad podía inventar todas las caricaturas que quisiera; ahí, en la oscuridad del

jardín, no había habido muérdago, ni público, ni obligación. Solo un hombre que la había besado como si fuese la única mujer en Londres… y una mujer que ya no tenía fuerzas ni voluntad para resistirse.

El compromiso se anunció en aquella misma fiesta y, para dejar constancia de que era un matrimonio por amor, el duque se permitió el lujo de besarla delante del resto de los invitados.

Epílogo

El comienzo del amor

La mañana de Navidad se presentó con nieve limpia, por fin. Tras los días de papilla gris, Londres había amanecido con un manto nuevo, blanco y silencioso, como si el cielo hubiese decidido concederle al duque de Aylesford un comienzo digno. Las escalinatas de St. George, en Hanover Square, se encontraban despejadas gracias al empeño de varios lacayos, pero los tejados y las cornisas se veían con una franja helada que hacía resaltar aún más los cristales de las vidrieras.

Margaret, del brazo de su padre, respiró hondo antes de cruzar el umbral de la parroquia. El murmullo de los invitados llenaba la nave como un rumor lleno de aceptación. Sabía que había ojos curiosos, quizá incluso alguna pluma preparada para tomar notas, pero en esos instantes no pudo sentir otra cosa más que paz. El vestido de satén marfil, sencillo, le caía con la elegancia discreta que ella

había deseado. No llevaba una tiara deslumbrante, sino un pequeño ramillete de flores de invierno entrelazadas en el pelo. El único detalle atrevido era un broche con forma de rama de muérdago, un regalo de Edmund, prendido en el chal de encaje que le cubría los hombros.

—¿Lista, hija mía? —susurró el conde de Working.

—Más que lista —respondió ella, y sonrió.

Cuando el órgano comenzó a sonar y empezó a avanzar por el pasillo, Margaret levantó la vista. Edmund la esperaba junto al altar, alto y solemne en su levita oscura. Por un instante, los títulos, los chismes y la ciudad parecieron disolverse. Solo quedaba ese hombre que la miraba como si el mundo entero se concentrase en cada uno de sus pasos.

Los votos se pronunciaron con la sobriedad que la ocasión exigía. Edmund habló con voz firme, sin titubeos. Cuando prometió honrarla y protegerla, hubo un brillo particular en sus ojos que únicamente ella supo interpretar. Era la promesa de un hombre que sabía lo que significaba el deber… y que, por una vez, lo abrazaba con gusto. Cuando llegó el turno de Margaret, su voz le tembló solo en la primera frase. Después, mientras prometía fidelidad y compañía, sintió que el corazón se le asentaba en el pecho con certeza. No estaba sacrificando su vida; estaba eligiendo su propio destino.

Al salir de la iglesia, una ligera nevada comenzó a caer, como si el recién estrenado matrimonio hubiese acordado aquel detalle con los cielos. Los invitados se arremolinaron en la escalinata. También había rostros conocidos de la parroquia de St. Martin.

—¡Que viva *El Duque del Muérdago*! —gritó alguien desde el fondo, con más alegría que malicia.

Hubo carcajadas. Edmund alzó la cabeza, como quien aceptaba un cumplido con reticencia, pero antes de que pudiera contestar, Margaret se inclinó hacia él.

—No deja de ser cierto —murmuró—. El muérdago te trajo hasta mí. Bendito sea por ello, amor mío.

—El muérdago no tiene tanto mérito —replicó en voz baja—. Fui yo quien decidió no apartarse cuando te vi en Covent Garden. Ahí supe que serías mía.

Y, ante la mirada medio escandalizada, medio fascinada de los presentes, la rodeó por la cintura y la besó. No fue un arrebato indecoroso, pero tampoco una caricia tímida. Fue un beso claro, seguro, una declaración pública de que no había obligación ni rescate, sino elección y un amor que nacía con fuerza.

—Creo que acaban de ahorrarle trabajo a la columna de sociedad —comentó Henry entre

dientes, mientras Helen se reía a su lado.

—Que escriban lo que quieran —dijo la joven—. Siempre que cuenten que mi hermano ha aprendido, por fin, a comportarse como un enamorado porque ha encontrado el amor.

Poco después, la recepción en Aylesford House combinó el boato que la posición de Edmund exigía con la calidez que Margaret deseaba. Habían decidido celebrar un desayuno largo, frente a las fiestas interminables propias de diciembre. El gran salón se llenó de ramas verdes, bayas y velas, y sobre una de las chimeneas, presidiendo la estancia, colgaba una lámina nueva enviada esa misma mañana por Fleet Street.

El caricaturista, quizá movido por la oportunidad o por cierto remordimiento, había publicado otra estampa. En ella, *El Duque del Muérdago* aparecía de perfil, entregándole una rama de la planta a una dama que, aun conservando vagos rasgos de Margaret, tenía una expresión dulce y decidida. El muérdago no mostraba rastros infernales, sino pequeñas campanas. El pie rezaba: «Cuando el deber se convierte en amor».

—Supongo que debo agradecerle su talento —comentó Edmund, quien todavía observaba el grabado con una copa de vino en la mano—. Al menos ha tenido la decencia de retirarte la sonrisa de cazadora furiosa. Admito que me gustaba verte así, tan insistente por atraparme.

—No necesitaba esa concesión —replicó Margaret, apoyada en su brazo—. Ya te tengo, te guste o no lo que digan desde Fleet Street.

—Lo sé y no me quejo, solo presumo, ángel mío —respondió él.

Ella le apretó los dedos, complacida, antes de apartarse un momento para atender a una de las invitadas.

Fue entonces cuando Helen se giró y se encontró con un grupo que acababa de entrar en el salón. Un caballero alto, de hombros anchos, llevaba aún el abrigo militar sobre el traje oscuro. Había dejado la espada en el guardarropa, pero el porte lo delataba. Una fina cicatriz le cruzaba la sien izquierda, apenas visible bajo el cabello castaño.

Helen sintió que el estómago se le hacía un nudo.

—No puede ser… —murmuró.

Henry la oyó.

—¿Qué sucede?

—Oh, solo se trata del mejor amigo de mi hermano. No sabía que había regresado a la ciudad —trató de disimular Helen.

—Ah, ya veo. Hablas del capitán Julian Redford. Ha vendido su comisión y piensa quedarse

en Londres. Tengo entendido que es el mejor amigo de tu hermano desde Eton.

Julian Redford.

Helen se estremeció.

El nombre, que tantos años había llevado asociado a hazañas gloriosas en los relatos de Edmund, se convirtió de pronto en un latido descontrolado en las sienes de Helen. Recordaba a un joven apuesto y muy seguro de sí mismo, que acudía a Aylesford en los periodos de vacaciones y la llamaba «pequeña Helen» mientras le revolvía el cabello un poco sin verla de verdad. La hermana del duque había pasado años imaginándolo, combatiendo contra Napoleón, entre pólvora y barro, mientras fingía que solo le interesaban las noticias políticas en los periódicos.

Él estaba allí. Se había quitado los guantes de piel y los sostenía en una mano, mientras con la otra saludaba a Margaret y a Edmund, recién llegados a su lado.

—No podía perderme tu boda, Edmund —dijo, con una voz que arrastraba un ligero cansancio—. Tal afrenta me habría perseguido el resto de mis días.

—Has hecho bien en no molestarme —apuntó el duque, con una risa franca que Helen no le había oído demasiado en el pasado—. Margaret, permíteme presentarte a Julian Redford. Creo que lo he mencionado alguna vez.

—Con bastante frecuencia desde que me pediste que me casase contigo —admitió ella—. Capitán Redford, bienvenido a Aylesford House. Mi marido no se imaginaba su boda sin usted estando presente. Gracias por venir.

Helen observó cómo Julian le besaba la mano a la novia con una inclinación respetuosa. Había una sombra en su mirada cuando sonrió, como si parte de él siguiera en otro lugar, lejos de aquella sala llena de risas. Cuando Edmund le dijo algo al oído, él replicó con una broma seca que los hizo reír a ambos. Parecían entenderse con media frase, como hombres que compartían más recuerdos de los que la etiqueta permitía mencionar.

—¿Vas a saludarle? —preguntó Henry, al tiempo que miraba a Helen de reojo. No hacía falta ser muy avispado para darse cuenta de que ella se había quedado prendada.

Helen se obligó a respirar hondo. Sus manos estaban inquietas sobre la falda.

—No creo que se acuerde de mí —respondió—. Hace años que no nos vemos.

—Qué más da —replicó Henry—. Así tendrá ocasión de volver a hacerlo.

Antes de que pudiese impedirlo, Henry la sostuvo suavemente por el codo y la arrastró con él hacia el pequeño círculo que rodeaba a los recién casados.

—Julian —dijo Edmund, al verlos acercarse—, permíteme presentarte a mi hermano por matrimonio, lord Henry Fairchild, futuro conde de Working. Supongo que de mi hermana, lady Helen, sí que te acordarás.

La joven sintió que todo el mundo se quedaba momentáneamente en silencio. Julian Redford se volvió hacia ellos. Sus ojos, sorprendentemente expresivos, se posaron primero en Henry, luego en ella. Hubo un leve gesto de reconocimiento educado.

—Lord Henry —saludó—, es un placer. Y, por supuesto, que recuerdo a tu hermana, Aylesford.

Hizo una reverencia impecable y le cogió la mano enguantada. Sus labios rozaron los nudillos apenas un segundo, quizá menos. Lo justo para cumplir con la cortesía. Cuando se incorporó, Julian ya estaba volviendo la cabeza hacia Edmund.

Helen retiró la mano despacio. Si no fuese una Hawthorne, habría podido jurar que todo el mundo en aquel círculo había notado cómo se le agitaba el pulso. Sonrió, perfecta, como había aprendido a hacerlo desde niña.

—Capitán Redford —dijo con calma la joven—, bienvenido a casa.

Él le dedicó una sonrisa breve y correcta, la misma que podría haberle ofrecido a cualquier dama presente, y volvió a sumergirse en la conversación masculina.

—Es encantador, ¿verdad? —susurró Henry en su oído, cuando se apartaron unos pasos—. Y parece que sigue entero, lo cual es un alivio considerable.

—Sí —murmuró ella, sabiendo que seguía siendo invisible para él.

Lo observó de lejos. Julian se reía con Edmund por algo que solo ellos sabían. No miraba en su dirección. No tenía por qué. Para él, seguía siendo la pequeña Helen que corría por los pasillos con trenzas despeinadas y un libro bajo el brazo.

Ella, en cambio, llevaba años viendo su sombra en cada relato de batalla, en cada mapa extendido sobre la mesa del despacho de su hermano. Había aprendido a seguir la línea del frente con el dedo solo para imaginar dónde estaría él. Y en esos momentos, al verlo en Aylesford House, supo con absoluta claridad que todos aquellos pensamientos dispersos, todos los suspiros escondidos tras la música, tenían una razón de ser más sencilla.

Estaba enamorada de Julian Redford. Y él no tenía la menor idea.

Helen alzó la copa que llevaba en la mano y la dirigió, a través de la sala, hacia la pareja recién casada. Margaret y Edmund, de pie junto a la chimenea, recibían las felicitaciones con un brillo en los ojos que los delataba. Estaban enamorados.

—Por los recién casados —murmuró.

Henry chocó su copa con la suya.

—Por ellos —repitió—. Y porque el próximo año sea igual de interesante.

Helen sonrió, sin dejar de mirar, un instante, la figura del capitán Redford.

Quizá, pensó, la Navidad tenía más regalos inesperados de los que Fleet Street podía dibujar. Y si el muérdago había decidido interferir en la vida de su hermano, tal vez no se conformaría con un solo Hawthorne.

En cualquier caso, ya habría tiempo de averiguarlo. Aquella mañana les pertenecía a Edmund y a Margaret, al duque y a la duquesa del Muérdago… y al futuro que acababan de prometerse, con la ciudad entera como testigo y con el corazón de ambos latiendo al mismo compás.

¿Qué le depararía el futuro a lady Helen?

Fin.

No te pierdas la siguiente historia

«El trato de la dama»

Link: https://mybook.to/iawTvXA



Londres, 1806.

El **capitán Julian Redford** está preparado para sentar la cabeza y anunciar su matrimonio. Pero, en vísperas de Nochebuena, su futura esposa huye con un mozo de cuadras y lo convierte en el chiste más jugoso de la temporada.

Mientras los salones se llenan de risas y rumores, **lady Helen Hawthorne** se niega a permanecer como una simple espectadora. Lleva años acostumbrada a que Julian la vea como «la pequeña Helen», pero no está dispuesta a verlo caer en desgracia por culpa de una novia cobarde. Así que toma una decisión tan audaz como imprudente: ofrecerse en lugar de la prometida fugitiva.

Lo que nace como un trato razonable para salvar reputaciones podría convertirse, durante ese invierno helado, en algo mucho más peligroso.

En una ciudad que no deja de murmurar, **¿podrá un trato navideño transformarse en el verdadero regalo de una dama?**

Sobre la autora y la historia

Soy Anne Lovelace, una escritora que se divierte creando historias de amor de damas y caballeros en la época de la Regencia Inglesa.

He decidido comenzar a escribir porque resulta apasionante imaginar la vida en aquella época.

Besos, preciosas mías.